ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

lucky marty

LOS SUPERHOMBRES



LUCKY MARTY
LOS SUPERHOMBRES

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián, Alvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Printed in Spain — Impreso en España

impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

CAPITULO PRIMERO

> Si no hubiéramos adquirido, en un momento decisivo de nuestra evolución, la facultad de entrever lo posible a través de las brumas de nuestros sueños, no habríamos salido nunca del estado salvaje.
>
> LUIS MIRAVITLLES

Desde la alta torre de control del astródromo de Yellowknife, cerca de la bahía canadiense de James Bay, la mirada azul de Ada Richter se perdía en la lejanía también azul del mar de Hudson.

Pero Ada Richter no conseguía ver gran cosa, al tener sus grandes ojos velados por la película de unas rebeldes lágrimas, que la obligaban a contemplarlo todo de forma opaca, gris y con gran tristeza.

Sabía que no se había trasladado a la Base Militar de Yellowknife precisamente para ver aquel amplio y bello panorama. No: estaba allí para otra cosa.

Para ver por última vez a su padre.

Albert Weiss Richter, en compañía de otros cinco mil sentenciados, pronto sería deportado a cinco mil novecientos millones de kilómetros de la Tierra. Al frío y lejano planeta Plutón, última conquista del hombre de su Sistema Solar dedicado, en una super—civilización mecanizada y absurda, a

contener los detritus de una sociedad que no deseaba contaminarse con la escoria humana.

La escoria humana…

Pero ¿acaso a Albert Weiss Richter, profesor de física nuclear y catedrático de cibernética de la Universidad de Princenton, se le podía comparar con los detritus y la escoria humana?

Sin embargo, aquel hombre cargado de ciencia, aquel cerebro privilegiado, había confesado su crimen y el tribunal que le sentenció tuvo que juzgarle por asesinato en primer grado, con el agravante de alevosía y premeditación.

Contemplando las tranquilas aguas de la bahía, Ada Richter también recordó a su madre. Una mujer dulce y bondadosa, que una trágica noche había aparecido en el lecho conyugal horriblemente mutilada por su esposo.

Albert Weiss Richter, el sabio y respetado profesor de la Universidad de Princenton, se había entretenido con saña fiera en mutilar el cuerpo de la mujer con la cual había compartido la vida durante veinticinco años de perfecta felicidad conyugal, hasta aquella triste noche.

Y no fue un ataque de locura lo que le llevó a Albert Weiss Richter a cometer su horrible crimen. Posteriores reconocimientos de los psiquiatras y mil exámenes demostraron que el sabio profesor no había perdido sus facultades mentales. Antes más bien: había ganado en lucidez y claridad, aunque también en descarado cinismo al decir ante el tribunal:

—Tuve que matarla: la pobre Nadja se había convertido en una vieja inútil que para nada me servía, y yo necesitaba casarme con otra mujer.

Al recordar estas palabras de su padre, Ada Richter se horrorizó y tuvo que ocultar el rostro entre sus manos crispadas.

Y no obstante, estaba allí, para despedir al menos con la vista a su padre, al que no había podido ni olvidar, pese a lo que ocurrió aquella terrible noche en la que creyó que sería ella la que se volvería loca.

Para tranquilizarse, la muchacha se dijo que era natural que deseara ver a su padre por última vez. No se olvidan fácilmente veintitrés años al lado de una persona correcta y amable, buena y cariñosa, que desde los primeros balbuceos de la vida cuida de uno

había sido un padre bueno en extremo.

Si alguna duda tenía sobre esto, Ada Richter no tenía nada más que recordar. Su niñez, su infancia, la inquieta adolescencia de una muchachita como ella y su dorada juventud, cuando por fin había llegado a ser mujer. Incluso recordaba mil detalles y mil anécdotas que la habían demostrado, multitud de veces, que Albert Weiss Richter había sido, a la par que su padre, un compañero ideal, un amigo siempre fiel y un excelente camarada.

No, no pueden olvidarse todas estas cosas.

Hay hechos y detalles que quedan para siempre impresos en el alma humana. Aunque ocurran luego cosas tan horribles como lo que había pasado en el hogar de Ada Richter.

Por eso estaba allí. Y, además, porque al enterarse que su padre sería deportado al planeta Plutón, tuvo la certera convicción de que jamás volvería a verle.

Que le perdía para siempre.

Hacía exactamente 280 años que el último y el más apartado planeta del Sistema Solar, el más frío, inhóspito y el más lejano, estaba dedicado exclusivamente para recoger a toda la hez de las colonias humanas que habitaban los otros planetas.

La misma Tierra se sacudía toda aquella basura de inadaptados, incapaces de convivir con sus semejantes acatando las leyes preestablecidas. Y si hacía ya muchos siglos que las sociedades humanas habían borrado de sus códigos la pena de muerte, no por eso dejaban de necesitar un vertedero, una especie de sumidero lejano, donde arrojar toda la escoria y las miasmas que pudieran entorpecer el óptimo desarrollo de la civilización.

Sesudos legisladores llegaron a la convicción de que ningún ser humano tenía derecho, bajo ningún concepto, a segar la vida de su semejante, por más horrendos que fueran sus delitos. Pero esa misma legislación advertía que la sociedad tenía su legítimo derecho a defenderse, y por eso se llegó a una solución intermedia que favorecía a ambas partes.

Enviar a todo reo de muerte al lejano Plutón.

De esta forma, no se les mataba, se les respetaba la vida; pero se les apartaba, se les expulsaba para siempre de la sociedad en la que no habían sabido vivir y a la que nunca jamás volverían.

Bien mirado, en el fondo esto era crear un mundo para los

criminales, para los tarados moralmente, para los asesinos. Pero un mundo aparte distanciado de la Tierra nada menos que a cinco mil novecientos millones de kilómetros, al que las más veloces naves espaciales tardaban en llegar seis meses y del cual ninguno de los sentenciados podía salir.

Sus guardianes se cuidaban de esto, trasladándoles al llamado Continente Verde situado en la parte Sur de Plutón, de donde era prácticamente imposible de salir. Una exuberante y espesa vegetación intensamente verde rodeaba todo aquel continente plutoniano, de una extensión similar al del Continente africano en la Tierra, separado de la parte Norte por el llamado Mar de las Tormentas, de agua dulce y en gran parte en constante ebullición, por los muchos volcanes submarinos que estaban terminando la configuración de aquel remoto mundo.

Un mundo ignoto, lleno de contrastes y cataclismos, en donde las temperaturas variaban a capricho del fuego interno que devoraba sus entrañas, capaz de convertir su corteza roqueña en un infierno de lava, o en un páramo helado con temperaturas tan extremas como los 210 grados bajo cero.

No era para menos: a tan enorme distancia del Astro Rey y tardando 248 años y 254,5 días terrestres en describir una revolución alrededor del Sol, los forzados habitantes de Plutón podían sentirse agradecidos del fuego interno del planeta, ya que sólo esto les permitía compensar la pequeña cantidad de radiación solar que recibían, calculada, siempre con la medida terrestre, en 0,0006 unidades.

Otra cosa era la parte Norte de Plutón, en donde la ciencia y la técnica moderna de los primeros pioneros habían ido creando unas condiciones óptimas para el normal desarrollo de la vida.

Pero en la parte Norte sólo vivían los guardianes de los deportados plutonianos, con apenas un par de miles de técnicos y científicos en toda la amplia gama del saber humano, como esforzados adelantados de la última y nueva frontera que necesitaba conquistar el hombre para lanzarse, desde los confines de su Sistema Solar, el hiperespacio exterior en busca de nuevos mundos hacia las estrellas.

Sueño dorado contenido por las enormes dificultades que aún se debían vencer, dado que Plutón no estaba en condiciones de servir

de ideal plataforma de lanzamiento para las nuevas conquistas siderales.

Pero la ya larga historia del género humano indica que tarde o temprano siempre se ha conseguido realizar sus sueños, materializándolos en prometedoras realidades si no pierde de vista el factor más importante.

El tiempo.

Tiempo para soñar; tiempo para trabajar; tiempo para crear…

Y cualquier estudioso del año 2300 podía averiguar que el planeta Plutón fue soñado primeramente, cuando unos años antes del 31 de enero de 1930 en que fue fotografiado por primera vez por el joven astrónomo Cyde W. Tombaugh, su profesor y maestro Lowell le indicó la situación donde debía buscar al planeta basándose en sus cálculos astronómicos.

Los sueños se hicieron una realidad aquel 31 de enero del año 1930, cuando con su placa fotográfica del Observatorio de Flagstaff pudo demostrar que su fallecido maestro no se había equivocado en sus cálculos y que allí estaba el cuerpo celeste que alteraba las órbitas de los otros planetas del Sistema Solar.

Tras las ensoñaciones de Lowell y el trabajo de Cyde W. Tombaugh vino el crear las condiciones técnicas para establecer una base terrestre en el lejano planeta. Pero eso apenas hacía 280 años que se había logrado.

Poco tiempo para la próxima meta: saltar el hiperespacio exterior.

Pero se adelantaba. Cada jornada era un jalón ganado y cada expedición de deportados contribuía a hacer de Plutón un mundo habitable.

Y, ante esta meta, ante este nuevo empeño, ¿qué importaba que los primeros habitantes de Plutón fueran criminales y asesinos?

El fin justificaba los medios.

Y tales medios eran, a la par, el inmenso lujo de sentirse generosos perdonándoles la vida a los que debían morir.

Por otra parte, había múltiples ejemplos en la Historia: hacía siglos, muchos siglos ya, los ingleses habían empleado los mismos métodos para colonizar. Y ahora Australia era uno de los Continentes de la Tierra que más bienestar y prosperidad podía ofrecer.

Un auténtico paraíso terrestre.

Los barcos ingleses de la época victoriana también tardaban seis meses de larga navegación para llegar a sus colonias australianas. Tampoco pudieron vigilar, como hubiesen querido, los progresos de las pequeñas comunidades de los indeseables deportados enviados allí. La Historia decía que fue preciso vencer muchas dificultades y que brotaron no pocos conflictos, cuyos resultados fueron violentos y desalentadores.

Lo mismo les ocurrió a los zares rusos con su helada y remota Siberia. No obstante, lo mismo en Australia que en Siberia y en otros puntos del Globo terráqueo, el tiempo se cuidó de poner las cosas en el cauce debido, en el camino deseado.

¿Por qué en Plutón no podía suceder lo mismo?

Sólo había una diferencia': Plutón era un mundo aparte, muchísimo más distante y enormemente costoso y difícil de cuidar y vigilar.

El Tiempo...

Capítulo II

Ada Richter tuvo que dejar de mirar a las azules aguas de la bahía, volviendo su dorada cabeza de cabellos rubios al oír unos recios pasos a su espalda.

Un hombre alto, de unos treinta años y tez morena, con cabellos castaños rebeldemente despeinados sobre la amplia frente, la estaba contemplando no exentas sus grises pupilas de franca admiración. Vestía el uniforme de las Fuerzas Astronáuticas y su voz sonó marcadamente viril al indagar:

—¿La señorita Richter...?

—Sí, capitán. Ada Richter. La hija de...

Con un gesto de su mano el hombre le ahorró decir el nombre de su padre.

—Lo sé... Lo sé. El ingeniero MacGland me dijo que la encontraría a usted aquí. Particularmente opino que no debía venir, pero...

Roy Whitman agitó unos papeles que llevaba en la otra mano y la muchacha rubia informó:

—Tom MacGland fue amigo de mi padre: me dio permiso para verle partir desde aquí. Sé que las órdenes son estrictas, pero...

Vio al militar menear la cabeza dudosamente y añadió, con cierta vehemencia:

—Le prometo que no haré ninguna escena, nada se alterará. Mi padre no sabrá que le veo subir a la nave desde aquí, capitán.

—No es eso, señorita Richter. Es que se ha adelantado usted tres días. Hasta el jueves no embarcarán.

—Esperaré; alquilaré una habitación en un hotel de Yellowknife.

Y luego, como excusándose por su precipitación en llegar, añadió:

—Me dijeron que hoy llegarían a la Base, capitán.

—Y así es, señorita Richter; pero no para partir rumbo a Plutón. Antes es preciso hacer varias cosas, por eso los van concentrando aquí.

La muchacha pareció alterarse, indagando ansiosa:

—¿Qué tienen que hacerles, capitán?

Roy Whitman dudó antes de preguntar a su vez:

—¿No lo sabe...?

—No, capitán.

—Bueno, pues... Antes..., antes... —hizo una transición proponiendo—. ¿No desea una taza de café? Le aseguro que en el pabellón de oficiales le hacen...

—No necesito beber nada, capitán —le atajó la mujer—. Sólo deseo saber qué hacen con los deportados antes de..., de...

—¡Está bien! Antes tienen que pasar por la cámara de hibernación.

Ada Richter abrió la boca para decir algo, pero permaneció así en silencio, mirando fijamente al militar antes de poder balbucir:

—¿Quiere decir que los..., que los...?

—Así viajan en mejores condiciones, señorita. Resulta mucho más cómodo para ellos y también...

—Termine, capitán.

—Bueno... También es mucho más económico. ¿Comprende?

—Perfectamente, capitán. El gobierno quiere ahorrarse los alimentos que pueden consumir durante el viaje, ¿verdad?

—Son seis meses, señorita Richter.

—¡Es horrible! Encuentro esa medida monstruosa.

—¿Por qué? Repito que es mucho más cómodo para ellos. ¿Sabe usted lo que significa estar metido durante meses y meses en esas astronaves?

Con cierta altanería que era un desahogo de su enfado, la muchacha rubia respondió:

—Espero no tener que averiguarlo nunca. Sobre todo para ir a ese infierno a donde envían a mi padre.

—Y yo supongo que no va a discutir ahora la sentencia que cayó sobre él. De sobra sabe que el profesor. ..

—No hace falta que me lo recuerde, capitán — volvió a atajar ella—. Nadie mejor que yo sabe lo que ocurrió.

—Perdóneme, pero... Su padre no merece mejor suerte. A fin de cuentas allí podrá vivir, trabajar y...

—¿Llama vivir ser trasladado a aquel infierno, capitán?

—Le aseguro que no es tan duro como muchos sospechan. Hoy en día se están creando buenas condiciones de vida y...

—No se esfuerce, capitán. Todos ignoramos lo que pasa en

Plutón y cuáles son las condiciones de vida de esos desgraciados.

—Periódicamente recibimos informes, señorita. El coronel Himmer...

—Conozco al coronel Himmer, capitán. Le he visto abajo, al llegar. ¿Se ha fijado en su cara?

—¿Se refiere al color de su piel?

—Me refiero a eso y a sus facciones... ¡Parece un monstruo!

Roy Whitman sonrió con ganas.

—Bueno, señorita. Tenga en cuenta que el coronel Himmer lleva veinte años destinado en Plutón y que la mitad de ese tiempo lo ha pasado viajando por el espacio. Las aceleraciones y ciertas condiciones de esos viajes hacen que el color de la piel y las facciones se alteren.

—No comprendo cómo hay hombres así que les gusta su oficio de verdugos.

—El coronel Himmer no es ningún verdugo, señorita Richter. Simplemente es el que manda la escolta de los deportados.

Desde ¡a alta torre de control de la Base Ada Richter señaló a las rampas de lanzamiento, preguntando:

—¿Los llevan en aquellas naves, capitán?

—Sí. Están perfectamente acondicionadas. Tienen sus hileras de nichos transparentes y...

Bruscamente se interrumpió, al sentir la mirada fija de aquellos grandes ojos azules taladrándole. Por eso se excusó:

—Perdone. Quizá no debí decirlo así.

—Pero dijo «nichos».

—Llámelos «camas» si lo prefiere, señorita Richter. Ya le dije que viajan en un perfecto estado de hibernación, que les ahorra muchas molestias.

—Y por lo que calculo, a los hombres de la escolta del coronel Himmer, también les ahorra eso mucho trabajo.

—De otra forma, resultaría muy engorrosa trasladar de una vez a cinco mil deportados en un solo viaje, señorita.

—¿Los llevan a su punto de destino también en esas condiciones, capitán?

—Exactamente, señorita. Sólo unos días después, vuelve a recuperar sus funciones normales.

Ada Richter volvía a alterarse y el hombre indagó, en su afán

de tranquilizarla:

—¿Sabe usted lo que es la hibernación artificial, señorita?

—Tengo una idea. Algo así como cuando cierta clase de animales se adormecen durante el invierno en las largas noches polares. ¿No, capitán?

—Algo así; es un procedimiento terapéutico consistente en la refrigeración de la temperatura del cuerpo humano, que incluso se utiliza para la curación de ciertas enfermedades. En cirugía también se utiliza, para facilitar ciertas operaciones, aprovechando artificialmente el estado de sopor.

—¿Y dice que luego se recuperan de ese estado?

—¡Totalmente!

Ada Richter aún dudó:

—Pero no sé, capitán. Es como si... Como si emprendieran ese viaje al infierno ya estando muertos.

—Tiempo atrás, todos esos condenados habrían ido a parar a la cámara de gas, señorita. Ahora se les da la oportunidad de vivir.

—Repito lo de antes, capitán. No creo que pueda llamarse vivir al estar allí, lejos de todo, tan distantes, tan abandonados...

—Van construyendo su mundo. En el fondo, de ellos y su comportamiento dependerá, en gran medida, la clase de existencia que llevan allí.

Ada Richter tuvo necesidad de secar una lágrima, musitando:

—¡Pobre padre! Yo sigo pensando que debió volverse loco.

—Recuerdo el caso; lo leí en la prensa y también me pareció raro. Sin embargo, también recuerdo que los dictámenes médicos dijeron que...

—¿Qué saben todos esos psiquiatras? ¡Mi padre siempre fue un hombre excelente! Jamás le vi montar en cólera: recuerdo que en casa teníamos un gato que...

Algo zumbó en la torre de control y ambos volvieron la cabeza hacia el extremo opuesto. Allí un hombre manipulaba un tablero de mandos, encarado con la pantalla de un visófono sobre la que se reflejó el rostro de otro militar. Y al poco la voz llegó nítidamente también hasta ellos ordenando:

—Control. Establezcan los circuitos. Que todas las armas apunten hacia >a pista número tres.

El hombre del tablero accionó unas clavijas, contestando :

—Orden cumplida. La computadora se hace cargo de la vigilancia. Ángulo de tiro, 3, 4 9 x 2, sobre la pista número tres.

El rostro de la pantalla aprobó:

—Bien. Están a punto de llegar en los camiones. Marcharán en columna de a ocho directamente hacia el Laboratorio de Hibernación.

Ada Richter pareció olvidarse del militar frente a los tableros y las órdenes que se seguían cursando, avanzando hacia el otro extremo de la alta y amplia torre de control, para acercarse a los ventanales.

Ansiosamente procuró orientarse para clavar sus ojos en la pista número tres, distinguiendo al fin a cosa de tres millas unos vehículos que empezaban a vomitar hombres y más hombres.

Los deportados.

También alcanzó a distinguir la alta y enérgica figura del coronel Himmer, localizándole por el color verdoso de su uniforme, que parecía dar órdenes a los soldados de su escolta. Sus voces no llegaban hasta la alta torre de control, pero se adivinaba lo que decía por los movimientos de aquellos rígidos soldados que obligaban a los prisioneros a formar en una fila interminable que empezó rítmicamente a avanzar por la pista número tres.

Ante aquel espectáculo Ada Richter empezó a temblar. Le fallaban las fuerzas y sus piernas empezaron a doblarse. Y habría caído desplomada de no sujetarla el dueño de aquella voz tan viril que recomendó casi en su oído:

—Valor, señorita; ya que lo tuvo para venir hasta aquí deseando presenciar esto, no debe ahora portarse como una niña.

—¡Es que es mi padre, capitán! ¿Qué sentiría usted si viera al suyo entre todos esos hombres y supiera a dónde le van a llevar?

—La comprendo. Pero debe pensar que…

—¡No! ¡Eso no! ¡Nunca pensaré que mi padre es un criminal, un indeseable!

—Hizo algo monstruoso, señorita. ¿No quería usted a su madre?

Ada Richter clavó con furia sus ojos en Roy Whitman y fue a contestar cuando, de pronto, partiéndose por mil sitios la formación de los sentenciados, empezaron a gritar como locos y atacaron a los soldados desesperadamente.

Varios timbres sonaron en la torre de control, algunas lucecitas

se encendieron y sincronizadamente, de forma automática, el cerebro electrónico empezó a funcionar transmitiendo a los distintos mecanismos mudas órdenes.

Y varias armas empezaron a disparar…

Capítulo III

Balas trazadoras.

Balas que sólo buscaban los cuerpos de los amotinados prisioneros, que intentaban una desesperada huida en todas direcciones, respetando a los soldados con uniformes verdes que mandaba el coronel Himmer y que se mezclaban entre ellos, en un esfuerzo para evitar la colectiva evasión.

Uno, dos, tres, cuatro, diez, veinte, treinta prisioneros de aquellos cinco mil amotinados cayeron, no sin que ellos patearan como reses enloquecidas y desbandadas a otros tantos soldados vestidos con uniformes verdes que no se levantarían nunca más.

La pista número tres del astródromo de Yellowknife empezó a convertirse en un río de sangre y Ada Richter fue incapaz de resistir aquella dantesca visión. El capitán Roy Whitman sintió que todo el peso de la muchacha gravitaba en sus brazos, gritando al hombre que estaba frente a los tableros del control::

—¡Desconecta eso, Frank! ¡No podéis matarlos así!

Sin mirar a su superior obsesionadamente mirando a través de los cristales el bárbaro espectáculo, Frank Cooper replicó:

—¿Está loco, capitán? ¿Quiere que descuarticen a los soldados? ¡Mírelos, señor! ¡Les atacan como fieras!

Roy Whitman dejó a la muchacha rubia en el suelo, en dos zancadas se plantó ante los tableros de mando y él mismo pulsó varios circuitos que, al instante, obedecieron.

El tableteo de las armas creó un silencio más fingido que real al cesar, al concretarse la loca algarabía en gritos, rugidos de furor, golpes, insultos y blasfemias, que ascendían hasta la torre de control desde el mismo centro de aquella fenomenal batalla campal.

Nerviosamente, Roy Whitman siguió pulsando botones y clavijas, cambiando las mortíferas balas trazadoras por finos dardos que empezaron a surgir desde mil ángulos de tiro.

A través del monitor de la pantalla vio que los sublevados prisioneros seguían cayendo como barridos por un huracán, pero interiormente Roy Whitman se sintió más tranquilo: sabía que eran

dardos adormecedores igualmente imantados por los uniformes pardos que llevaban los rebeldes deportados.

Ningún soldado con uniforme verde del coronel Himmer sufriría el menor daño.

El sargento Frank Cooper miró al capitán, preguntando:

—¿Cree que surtirá efecto, señor?

—Eso espero, Frank: ellos ignoran que sus compañeros van cayendo adormecidos nada más. Los creen muertos y cuando vean que siguen cayendo como moscas...

Se interrumpió con un grito de júbilo, al advertir un movimiento de medroso retroceso en aquella masa de hombres que parecía una monstruosa serpiente de cinco mil cabezas.

—¡Lo conseguimos, Frank! ¡Míralos! ¡Vuelven a la formación!

Así era. Pero ahora la formación de prisioneros no pasaría de cuatro mil quinientos hombres. En pocos minutos, habían visto caer como fulminados por un rayo a varios centenares de los suyos, y eso les aconsejó volver a la forzada obediencia de los soldados del coronel Himmer, que no cesaba de gritar disparando su pistola.

A las sirenas, los timbres de alarma y la algarabía se impusieron los altavoces de la Base, ordenando una voz pastosa y enérgica que surgía de ellos:

—¡Basta ya, coronel Himmer! ¡BASTA YA!

El enérgico militar que gesticulaba en la pista número tres dejó de disparar enfundando su arma una vez restablecido el control por sus hombres, ordenando a sus oficiales para que la formación no pasara sobre el montón de cadáveres y hombres caídos:

—¡Variación izquierda!

De ocho en ocho, mirando torvamente a los compañeros caídos, la fila de los sentenciados varió su marcha oblicuamente, ordenando el coronel Himmer:

—¡Media vuelta! ¡A los camiones otra vez!

Como autómatas, aquellos hombres que minutos

antes había atacado a sus guardianes como fieras enloquecidas, giraron sobre sí mismos y la larga columna serpenteó hacia el extremo de la pista para regresar al punto desde donde habían partido.

Quizá, en el pecho de alguno de aquellos criminales alentaría el orgullo y la esperanza: de momento, su deportación al temido

término de su largo viaje se había suspendido.

Eran hombres y seguían en la Tierra. En el planeta que les había visto nacer.

¡Quién sabía! Posiblemente ya no les deportarían a Plutón...

* * *

Otto Himmer, con su gran cabeza totalmente calva, sin cejas, sin pestañas y sin rastro de pelo de barba en su violáceo rostro delgado y anguloso, se quitó sus guantes de fina piel negra y pidió a uno de sus hombres:

—Tráigame otro uniforme. ¡Éste apesta a sangre de asesinos!

El anciano general Tom MacGland, jefe ingeniero de la Base de Yellowknife, indicó una puerta lateral de su amplio despacho y ofreció:

—Podrá cambiarse ahí, coronel. Es el cuarto de baño.

—Gracias, general. Pero antes me gustada saber quién cambió las balas trazadoras por esos dardos adormecedores.

—Fue mi ayudante, Himmer. El capitán Roy Whitman.

—Bien: supongo que se ha ganado un buen arresto.

Tom MacGland, desde la altura de la comprensión de sus setenta años, quiso saber:

—¿Por qué, coronel? Yo opino lo contrario. Es lo que debió hacerse primero.

—No voy a discutir con usted, general MacGland: usted manda en esta Base, pero yo en mis hombres.

Y esa medida tan «pacificadora» de su querido ayudante ha hecho que cinco soldados más de los míos murieran a manos de esos energúmenos.

—Verá, Himmer: a decir verdad, a usted y a sus hombres les corresponde la mitad de la responsabilidad de lo que hoy ha ocurrido aquí.

—¿Por qué?

—Nunca debieron dejar que les desbordaran.

—¿Podíamos saber que estaban confabulados entre ellos para ese intento de evasión, general MacGland?

—No, no podían saberlo. Pero siempre deben estar prevenidos.

—¡Jamás nos ocurrió una cosa igual!

—Las cosas pasan cuando menos se lo espera uno, amigo mío. Pero tranquilícese: le he dicho que la mitad de la culpa es nuestra.

El anciano general meneó dubitativo su canosa cabeza, musitando con pesar:

—¿Me cree si le digo que me pesará en la conciencia la muerte de todos esos desgraciados?

—Muy sentimental. No ignora que todos son criminales. ¡Gente de la peor ralea!

—Lo sé... ¡Lo sé! Todos ellos fueron juzgados y encontrados culpables de sus crímenes. Pero, desde hoy, le digo que, en caso de cualquier otro motín, usaremos los dardos adormecedores en vez de las balas trazadoras.

—Es un riesgo: si corre la voz entre esos condenados, se envalentonarán.

—Procuraremos que no trascienda de la Base. Ellos deben seguir creyendo que esos dardos también matan.

Malhumorado, mirando con visible asco su manchado uniforme, Otto Himmer refunfuñó:

—Lo que es cierto es que tendremos que aplazar la conducción. Con los efectos adormecedores de esos dardos no pueden ser sometidos a la hibernación.

—Lo siento, Himmer. Parece absurdo, pero son

cosas de la Ciencia. Tratamientos que se contraponen.

—Más lo siento yo, general MacGland. El viaje tendrá que retrasarse mucho: el paso de Plutón por el perihelio no vuelve a coincidir hasta el primero de septiembre.

El anciano general sonrió débilmente, preguntando:

—¿Qué le pasa, Himmer? ¿No le gusta estar en la Tierra y descansar unos días?

—Tenemos mucho que hacer allí, señor. Me gusta mi trabajo y quiero cumplirlo siempre puntualmente.

—Unos días de reposo no le vendrá mal a usted y sus hombres.

—Eso relaja la disciplina, señor. En otros viajes les ha dicho que allí todo es distinto. Hay que mantenerse siempre firmes en sus puestos.

—Usted siempre se mantiene firme, querido Himmer. A veces pienso que la casta de hombres como usted va desapareciendo...

—Desgraciadamente, general MacGland.

El soldado que había ido a buscar otro uniforme para su coronel entró y, al fijarse el viejo general en su oliváceo rostro preguntó,

amable mientras rígido le veía entregar las prendas a su superior:

—¿Qué tiempos llevas de servicio en Plutón, muchacho?

Antes de contestar, el soldado miró a Otto Himmer. Pero sólo titubeó un instante antes de decir:

—Tres años y medio, mi general. Exactamente siete viajes.

Tom MacGland volvió a mirarle bondadoso y exclamó:

—¡Mucho es eso, muchacho! Ya habrás recorrido unos 41.300 millones de kilómetros, ¿no?

—Algo más, mi general... Allí también efectuamos viajes de inspección al Continente Verde.

—¿No te gustaría el relevo?

—No, señor. Me gusta mi tarea.

Se le notaba molesto, como si deseara salir del despacho para no tener que hablar con el anciano jefe de la Base, al que parecía mirar un tanto condescendientemente. El general MacGland así lo comprendió, diciendo:

—Puedes retirarte, muchacho.

Mientras el soldado salía, a su espalda la voz enérgica, pero algo chillona del coronel Himmer le sacó de sus reflexiones:

—Con su permiso, voy a utilizar ese cuarto, mi general.

—Hágalo, coronel... Y dúchese si le apetece. Mientras examinaré sus informes. ¡Y sé que eso lleva tiempo, amigo mío! Siempre se muestra en ellos tan meticuloso, tan ordenado, tan sin olvidar un detalle...

Le vio avanzar con el nuevo uniforme sobre el brazo hacia el cuarto de baño y el anciano general añadió, no sin cierto acento burlón en su voz:

—Dígame, Himmer. ¿No siente usted nunca ninguna debilidad?

El rígido militar se volvió, ya en la puerta.

—No comprendo, señor...

—Me refiero a que si no le domina a usted algo, algún vicio, alguna inclinación, algo por lo cual usted...

—No, mi general. Para mí, las debilidades humanas son errores y degradan al hombre.

—Está bien, coronel... ¡Está bien! Pero al menos le gustará una buena cena, ¿no?

—Soy muy frugal en mis comidas, señor.

—De todas formas, hoy cenará conmigo y unos amigos. Tenemos que darle una buena noticia.

Otto Himmer dio un sonoro taconazo antes de desaparecer tras la puerta del cuarto de baño, aceptando:

—Usted manda, mi general.

Y Tom MacGland, con sus buenos setenta años cumplidos, desabrochó su guerrera de general y se puso a repasar los meticulosos informes que periódicamente el hombre que se estaba duchando le traía en sus viajes desde el lejano planeta Plutón.

Capítulo IV

Ada Richter descendió hasta la planta baja y nada más salir del ascensor automático, por todo saludo manifestó al capitán Roy Whitman:

—Están ustedes magníficamente instalados, capitán. Más que una Base Militar, todo esto parece un lujoso hotel de primera.

—La técnica y la ciencia se aúnan para proporcionar comodidades a todo el mundo, señorita Richter. ¿Por qué teníamos que ser los militares una excepción?

—Por supuesto, capitán. Pero, realmente, he quedado maravillada.

—Quedaron atrás los tiempos en que los cuarteles eran simples colmenas, con celdas como nichos para cada soldado. En el fondo, la Base de Yellowknife es una gran ciudad. Muchos oficiales están aquí instalados con sus esposas y sus hijos.

Sin saber por qué, la muchacha rubia se encontró preguntándole:

—¿Usted no, capitán?

—No… Yo soy soltero.

Avanzaban por el amplio vestíbulo hacia el fondo donde estaba instalado el bar y el hombre propuso, para tratar cosas menos personales:

—¿Le apetece un «martini», señorita Richter?

—Me apetece que no use conmigo tanto ceremonial, capitán. Puede llamarme Ada, si quiere.

—¡Encantado, Ada! Mi nombre es Roy.

—Roy Whitman, ayudante del general Tom MacGland…

Hizo una pausa devolviendo al hombre la sonrisa de asombro y la mujer continuó:

—…Treinta años, soltero, ingeniero astronáutico, vive en el pabellón 16 y fue campeón olímpico de gimnasia la temporada pasada. ¿No es eso?

—¡Caramba! Veo que está muy bien informada. ¿Miró mi ficha personal?

—No. Su jefe me habló mucho de usted. ¿No sabe que mi padre y el general MacGland fueron muy amigos hasta que…?

—Sí… —le atajó para que ella no nombrase el caso de su padre.

—Vino a verme cuando se enteró que sufrí aquel desmayo. Estuvimos hablando y me tranquilizó. Sé que mi padre no está en la lista de esos pobres hombres que…

Roy Whitman consideró oportuno volver a atajar:

—No debe considerarlos «pobres hombres». Todos ellos son asesinos. ¿Comprende? Gente indeseable que tiempo atrás habría sido condenada a morir y los que hoy en día se les da una oportunidad.

—Perdone, Roy. Pero no puedo por menos que identificarlos con mi padre.

—Quizás el caso de su padre sea algo especial. Pero no hay duda sobre la condición moral y la conducta de todos esos condenados.

Mientras el barman les servía los «martinis», la muchacha rubia musitó:

—De todas formas, le agradezco que terminase usted con aquella carnicería. Una de aquellas balas trazadoras habría podido…

—No tiene importancia. Creí conveniente hacerlo bajo mi responsabilidad, y el general MacGland me felicitó por ello. En el fondo, de lo que se trata es de que ninguno pueda escapar cuando sean trasladados al Laboratorio de Hibernación. Aunque comprenda que es preciso tomar toda clase de medidas. ¡Ya vio lo que hicieron con los pobres soldados!

—También le agradezco que ordenase que me instalaran en esa habitación.

—Agradézcaselo al general MacGland: fue él quien me dio la autorización.

Roy Whitman apuró su copa, y deseando quitar solemnidad a la conversación recorrió admirativamente la silueta femenina sentada

en el taburete y manifestó:

—Por cierto que... ¿Sabe que pesa usted más de lo que parece?

Ada Richter sonrió levemente.

—Lo siento; últimamente estoy engordando.

—¡Oh, no! ¡No lo sienta! Así está estupen... Bueno, quiero decir... muy bien.

—Muy galante...

—Pura justicia, Ada... ¡Pura justicia! De veras que es usted una mujer espléndida.

—Por favor, capitán. ¡Terminará por ruborizarme!

—Lo que hace falta es que se encuentre bien.

—Sí. Ya estoy bien. Me dieron un somnífero y he podido descansar. No sé lo que me pasó cuando vi aquella escena. La cabeza empezó a darme vueltas y...

—Olvídelo, Ada. ¿Otro «Martini»?

—¡Oh, no! Volvería a darme la cabeza vueltas.

Nerviosamente, Roy Whitman miró su reloj de pulsera, diciendo:

—Tendrá que perdonarme, Ada, pero el general MacGland me invitó esta noche a cenar y debo ir a su casa.

Para sorpresa del militar, la muchacha rubia también saltó de su taburete anunciando:

—Me temo que no se librará tan fácilmente de mí, Roy. Yo también estoy invitada a esa cena.

—¿Usted?

—Sí, la señora MacGland es una ancianita que me ha sostenido en sus rodillas cuando yo era una niña.

—¡La envidio! Me gustaría hacerlo a mí.

Ada Richter pareció no oírle y aclaró:

—Me pidió que fuera ayudarla a preparar la cena; creo que el general tiene a varios invitados esta noche.

—Pues andando. Viven en la parte sur de la Base, donde están los «bungalows» de los jefes.

Ya en el exterior, bajo las brillantes estrellas, la mujer recordó:

—Lo malo es que me hicieron dejar mi coche a dos millas de— aquí.

—No se preocupe, usaremos el mío.

Y mientras caminaban hacia los hangares, con cierto orgullo

divertido Roy Whitman anunció:

—Es un último modelo. ¡Un «X—1.000»!

Minutos después, Ada Richter comprobó por qué Roy Whitman se sentía tan satisfecho con su vehículo; carecía de ruedas y se deslizaba a dos palmos del suelo sobre un colchón neumático de aire, propulsado por un silencioso motor eléctrico que podía alcanzar velocidades del orden de las quinientas millas por hora.

Pero lo más extraordinario de aquel vehículo era que podía elevarse hasta una altura de mil metros y su conductor pidió:

—Ajústese el cinturón, Ada. Cortaremos la Base diagonalmente y así ganaremos tiempo.

La muchacha rubia obedeció y, al empezar a elevarse sobre la pista número tres, preguntó,, recordando:

—Fue ahí, ¿verdad, Roy?

—Sí. Pero le dije que no recuerde más eso.

* * *

Fue una excelente cena y, al fin, la esposa del viejo general MacGland y la de otro coronel destinado en la Base, se levantaron acompañadas de la señorita Ada Richter y se despidieron de los hombres.

Tom MacGland también se levantó y, haciendo los honores a sus invitados, les rogó:

—¿No desean tomar café en esta salita? Estaremos más cómodos escuchando al profesor Feinberg.

Adolf Feinberg, hombre canoso que ya habría cumplido los sesenta años, sonrió modestamente mientras todos se trasladaban a la vecina habitación y dijo:

—Bueno, en realidad es poco lo que puedo decirles. Sólo estamos en la fase experimental de nuestro proyecto.

—Tu proyecto, Adolf... ¡Tu proyecto! —rectificó el anciano general—. Yo hice bien poco.

—¿Poco? —le rectificó a su vez el amigo—, Sin tu ayuda no podríamos llevarlo a la práctica.

Se dirigió a los otros que ya estaban cómodamente sentados en la salita y el profesor Adolf Feinberg prosiguió:

—Tom siempre ha sido tan soñador como yo, y por eso puso los

talleres de la Base a mi disposición.

Y si yo he aportado las teorías, él, como excelente ingeniero astronáutico, ha podido crear un prototipo de mi «Rayo de Luz».

Dam Rassy, general encargado de la administración de la Base Militar de Yellowknife, sonrió asombrado:

—¿Rayo de Luz?... Ignoraba que le hubieran bautizado.

Roy Whitman observó que el coronel Otto Himmer se movía inquieto en su sillón, preguntando tras dejar sobre la mesita de laca su taza de café intacta, sin haber bebido nada del aromático líquido:

—Caballeros... ¿Puedo saber de qué están hablando?

El anciano general MacGland intervino complaciente:

—Perdone, Himmer, olvidábamos que usted y los señores Lhoman y Sherry nada saben de nuestros proyectos.

Ted Lhoman intervino a su vez, alzando la mano sonriente pero adivinándose en sus palabras un tono de censura, que se esforzó en hacer festivo:

—Cosa que me extraña, general MacGland, porque sabe que como representante de la Tesorería del Estado, no debo permitir que se hagan gastos en una Base sin el permiso de...

—Perdone usted, señor Lhoman —le atajó el profesor Adolf Feinberg—. Hasta ahora, los gastos de los experimentos han sido por nuestra cuenta y...

—¿De veras, profesor? ¿Y qué me dice de haber empleado una Base Militar para esos ensayos? Los talleres, los materiales, las herramientas...

—Eso se hizo bajo mi responsabilidad, señor Lhoman — aclaró el general MacGland.

Pero Ted Lhoman no se rindió tan pronto, aunque admitió pidiendo:

- Sigan hablando de su «Rayo de Luz». Luego trataremos sobre las cuestiones que afectan a mi Departamento.

Tom MacGland sostuvo valientemente la mirada de aquel hombre, apuró el café de su taza y tras carraspear un poco señaló a su amigo Adolf Feinberg:

- Adelante, Adolf, tienes la palabra.

Capítulo V

Con una voz pausada, mirando alternativamente a todos los reunidos, el profesor Adolf Feinberg empezó:

—Todo empezó tras unos experimentos en la Universidad de Princenton. Precisamente, donde el gran sabio Einstein dio lecciones de física nuclear, hace ahora ya más de tres siglos...

Tras breve pausa vio que nadie objetaba nada y prosiguió:

—Experimentos que tienen como punto de partida la teoría de la relatividad...

Al llegar aquí, el general MacGland intervino señalando a su amigo:

—Se trata de que el profesor Feinberg se propone demostrar la posible existencia de unas partículas calificadas de superluminosas, puesto que él cree que se desplazan a una velocidad superior a la velocidad de la luz.

Con su tono un tanto seco de censor, Ted Lhoman indagó mirando a uno y otro hombre:

—¿Refutación de Albert Einstein ahora, señores?

—No, exactamente, señor Lhoman —replicó con prontitud Adolf Feinberg—. El gran físico afirmó, en su famosa teoría de la relatividad, que la velocidad máxima que cualquier partícula material puede alcanzar es la de 300.000 kilómetros por segundo, o sea, la velocidad de la luz.

—¿Y no dice usted que cree en la existencia de otras partículas superluminosas, profesor? —volvió a objetar el Delegado del Departamento de la Tesorería.

Pero Adolf Feinberg no contestó directamente a su pregunta, rogando:

—Si me permiten desarrollaré mi teoría.

Hubo un general asentimiento de cabezas y el sabio profesor añadió:

—Esta velocidad—límite es la de algunos de los llamados fotones, mientras que la mayoría de las partículas son mucho más lentas. Pero yo insisto en que hay otras... ¡Que puede haber otras más veloces!

—Explíquese —objetó el hasta entonces silencioso Walter Sherri.

La nueva intervención del anciano general MacGland era para

solicitar la atención general y dijo:

—Aquí viene la teoría, o la hipótesis, si ustedes lo quieren así, de mi buen amigo Adolf.

—Desde el punto de vista matemático —siguió el profesor—, un límite tiene dos aspectos: el superior y el inferior. ¿No es así? Pues bien, debido a esto, una partícula que se desplazara a velocidad menor que la de la luz, jamás superará, evidentemente, los 300.000 kilómetros por segundo.

Nueva pausa para remachar:

—Pero también resulta evidente que una partícula que se desplazara a velocidad superior a la de la luz, nunca se movería a menor límite de 300.000 kilómetros por segundo, ya que éste es el límite infranqueable tanto para las reales partículas que conocemos, como para las hipotéticas partículas que yo digo existen.

—Peregrina teoría — musitó quedamente el serio coronel Otto Himmer.

—Pues ya ven ustedes: este sencillo razonamiento ha puesto en marcha los complicados cerebros electrónicos de la Universidad de Princenton, donde me propuse verificar si realmente existen esas partículas superluminosas, a las cuales, en unión de otro compañero que deseo ahora no nombrar, ya las bautizamos.

—¿Se está usted refiriendo a ese loco asesino, profesor?

Adolf Feinberg abandonó por un instante la placidez de su mirada, para contestar al coronel Otto Himmer que había hecho la pregunta directa:

—Me he referido a un hombre que hizo mucho por la ciencia, coronel. Concretamente y ya que desea oír su nombre, a Albert Weiss Richter…

La intervención del general MacGland fue conciliadora:

—Por favor, Adolf, sigue.

—Bien, les decía que Albert Weiss Richter y yo bautizamos a esas partículas superluminosas llamándolas «taquiones».

—¿Por qué «taquiones»? —quiso saber Walter Sherry.

—«Taquiones», por «takos», en griego «rápido» — aclaró el profesor Feinberg.

—Y ya que han bautizado a «sus» partículas, profesor, ¿consiguieron localizar alguna de ellas?

—Confío en hacerlo de una forma demostrable, señor Sherry. Y esa esperanza de detectar los «taquiones» se basa en que posiblemente posean una carga eléctrica muy superior a las que hasta ahora conocemos.

Adolf Feinberg creyó adivinar en los ojos de sus oyentes algo de perplejidad y amplió, haciendo su razonamiento más claro:

—Por eso el acelerador de protones de la Universidad de Princenton ha sido puesto en marcha, a ver si capta la presencia de uno o varios «taquiones».

—Y si su esperanza resulta confirmada, ¿qué consecuencias tendrá para el mundo de la física moderna, profesor?

—Su pregunta es muy directa, coronel Himmer. Pero voy a intentar contestarle con toda franqueza.

Miró una vez más a todos los reunidos, antes de exclamar con énfasis:

—¡Inmensas, amigos míos!

Reinó una pausa, nuevamente rota por el enérgico coronel Himmer:

—¿Inmensas en qué sentido, profesor?

—Una de ellas… en que podremos viajar a más velocidad que la luz.

—¡Eso es imposible! —estalló Ted Lhoman—. Hace más de cien años que estamos intentando inútilmente superar la velocidad de nuestras naves espaciales. Según los técnicos, hemos llegado ya al límite de aceleración en el espacio.

—¡Cierto! —remachó su compañero Walter Sherry—. Ni aún con la aplicación de la energía nuclear en los motores se ha podido…

—¡Porque nos hemos estancado ahí! —objetó firmemente Adolf Feinberg.

Y con más énfasis, casi levantándose de su butaca, añadió:

—¿Nos hemos molestado en emplear la energía— luz?

Hubo un momento en que los siete hombres allí

reunidos empezaron a hablar al mismo tiempo, hasta que el dueño de la casa rogó calma.

—Caballeros… No es momento para contrastar opiniones. Por otra parte, fíjense bien en lo que interesa. Tanto si esa partícula superluminosa del profesor Feinberg aparece o no detectada por los

aceleradores de protones de la Universidad de Princenton, insisto en que lo que interesa es, me parece a mí, la actitud científica de nuestro querido amigo.

—Explíquese, general MacGland.

—Bien, en Ciencia es axiomático que todo puede suceder, a menos que una ley científica lo prohíba. El profesor Feinberg ha demostrado que no hay ley alguna que se oponga a la posible realidad de su «taquión». Y todos ustedes saben que las elucubraciones puramente teóricas del científico, tienen un paralelo en el ámbito de la nada teórica vida cotidiana.

—Por supuesto, Tom, mi procedimiento no es nuevo.

—Lo sé, Adolf; no es ésta la primera vez que un científico afirma la existencia de una realidad física, que luego es confirmada prácticamente. Sin ir más lejos, recuerden el caso de la predicción y descubrimiento del planeta Plutón.

—Eso es cierto, mi general — intervino por primera vez el joven ingeniero astronáutico Roy Whitman—. A veces, en ciencia, la hipótesis más sorprendente se ve más tarde confirmada, no ya por el teórico, sino por el técnico.

—Todo esto está muy bien, señores — intervino el coronel Otto Himmer—. Pero... a mí me gustaría saber en qué aspecto este proceder del buscado de «taquiones» puede relacionarse con la vida cotidiana, con algún invento útil, posible de llevarse a término.

—¡Oh, mi querido Himmer! Usted siempre tan práctico, tan analista, tan poco dado a dejar sueltas las alas de la imaginación.

—General MacGland, usted sabe que para mí, el único axioma es el dos y dos son cuatro.

Algo excitadamente el Delegado del Departamento de Tesorería terció, dándole la razón al coronel Himmer:

—¡Exacto! Y por la misma razón me opongo con toda mi fuerza a que sigan gastando dinero del Gobierno en unos experimentos que...

—Señor Lhoman... Por lo general, tendemos a un absurdo conservadurismo de nuestras más inmediatas realidades físicas y también... mentales.

Ted Lhoman miró con severidad al profesor Feinberg, indagando:

—¿Qué quiere decir?

—Que, por lo general, lo fácil de verificar por la mente y por los sentidos se nos antoja lo único real y valedero. Y créame que esto induce a muchas lentitudes y a no pocos cómodos conformismos...

Irritado, el Delegado del Departamento del Tesoro preguntó:

—¿Me está usted llamando conformista, profesor Feinberg?

—¡Oh, no, señor Lhoman! Simplemente, intento rebatir su actitud y justificar, si desea llamarlo así, algunos pequeños gastos de taller que mi amigo el general MacGland me ha permitido hacer en esta Base Militar.

—¡Mal hecho! Antes debieron solicitar permiso.

—La burocracia nos asusta, porque lo retrasa todo, mi estimado señor.

—Diga más bien que se lanzaron a una aventura.

—Es posible, pero... ¿por qué no buscar fuera de los límites más aparentes que reales?

—Creo, con toda sinceridad, que resulta ridículo lanzar a la caza de partículas superluminosas grandes cantidades de dinero.

Ted Lhoman precisaba convencer a los asistentes y añadió, con firme convicción:

—Dinero que, por otra parte, es de los contribuyentes. ¡Y que yo, en el puesto que ocupo, debo defender y defenderé siempre!

—Excelente sentido del deber, que yo admiro, señor Lhoman. Pero, precisamente por eso, ¿por qué, en esta magna y tan responsable tarea de hacer más llevadera la vida de la sociedad humana, no nos hemos de atrever a buscar soluciones fuera del ámbito de los 300.000 kilómetros por segundo? ¿Puede calcular lo que eso significaría?

—¿Y usted puede decírnoslo, de una forma clara, profesor? He dicho de una forma clara, insisto. No con vaguedades científicas que, al parecer, sólo usted entiende.

—Sea. También lo intentaré, con ese lenguaje sencillo y vulgar que usted precisa.

Ted Lhoman rebulló molesto en su butaca, señalándose a su propio pecho como ofendido y mirando a todos los reunidos.

—¿Que yo preciso? ¿Quiso decir que...?

—Por favor, no he querido molestarle. Simplemente, nos hemos excitado todos en la conversación.

—Siga...

—Bien, si está en el Departamento del Tesoro, sabrá más o menos lo que le cuesta al Gobierno cada viaje espacial. En ese capítulo de gastos, sumas enormes se están perdiendo cada día, debido a que no hemos encontrado una energía más cómoda y, sobre todo, muchísimo más rápida que la atómica para propulsar nuestras naves.

Adolf Feinberg señaló al rostro de color violáceo y sin un solo cabello en su cabeza del coronel Otto Himmer, deseándole poner como ejemplo antes de añadir:

—¡Pero hay más! Mucho más importante que el dinero que se pueda gastar en los viajes espaciales, y el coronel Himmer es una buena muestra de ello.

Molesto por sentirse el blanco de todas las miradas, el adusto militar indagó:

—¿A qué se refiere, profesor? ¿Dónde quiere ir a parar?

—Quiero hacer notar el valor de su vida, coronel Himmer… ¡Si es que eso tiene un precio!

—Cumplo con mi deber, como cualquier otro con la suya.

—¡Sí, coronel! Pero usted, como otros muchos de sus hombres, están quemando sus vidas en esos interminables viajes a Plutón que duran, por término medio, ¡nada menos que seis largos meses!

Algo respectivo, con cierto tono burlón que no pudo evitar, Otto Himmer se levantó para servirse un vaso de agua y comentó:

—Localice usted sus misteriosas partículas superluminosas. Consiga almacenar sus veloces «taquiones» para convertirlos en energía que impulsen nuestras naves espaciales… ¡Y, créame, se lo agradeceré en el alma!

—¡A eso voy, coronel Himmer! Y si se molestan en echar una sencilla cuenta aritmética quedarán maravillados.

Sin poderlo evitar, ante la invitación del sabio profesor, de los siete hombres que había allí seis empezaron a calcular mentalmente.

Le velocidad de la luz, en su grado máximo, 300.000 kilómetros por segundo. Eso multiplicado por un minuto daba 18.000.000 millones; por los 60 minutos de una hora la friolera de 1.080.000.000 kilómetros recorridos. Y dado que el más lejano planeta del Sistema Solar estaba a una distancia media de 5.900 millones de kilómetros, el resultado era que, con una hipotética

nave espacial propulsada por los «taquiones» del profesor Feinberg se podría cubrir esa distancia con algo menos de... ¡SEIS HORAS DE VIAJE!

Por si se habían equivocado en sus cálculos, durante medio minuto ninguno dijo nada. Pero especialista en los números por su ocupación en el Departamento— del Tesoro, el primero en hablar fue Ted Lhoman:

—¡Bravo, profesor! ¿Quiere darnos a entender que en menos de seis horas una nave espacial podría ir a los confines de nuestro Sistema Solar?

—No se moleste, señor Lhoman; pero observo que siempre se queda corto en sus vuelos imaginativos. Deseo no sólo darles a entender eso, con todo lo que ello implica, sino... ¡Mucho más!

—¿Cómo cuánto más?

—Como poder saltar, ¡al fin!, al hiperespacio exterior... ¡Poder recorrer el Universo! ¡Trasladarnos a otros mundos! ¡A otros Sistemas Solares! ¡Acercarnos a las remotas estrellas! ¡Viajar hacia otras Vías Lácteas! ¡Hacia otras Galaxias!

—«Aterrice» usted, querido profesor — recomendó con sorna Ted Lhoman.

Pero la sencilla broma sentó muy mal al sabio científico. Sus claros ojos, normalmente de mirar tranquilo y bondadoso, se clavaron en el prosaico Delegado del Gobierno y le fulminó diciendo, mientras se levantaba:

—Haga chistes si quiere con estas cosas, señor

Lhoman. Si ello les divierte, pueden seguir burlándose de mí.

Estrechó la mano del anciano general MacGland con vivo sentimiento de amistad, siguió avanzando hacia la puerta del saloncito y una vez allí, envolviéndoles a todos con su mirada, volvió a hablar:

—Sí, amigos... ¡Ríanse de mí! Pero sepan una cosa. ¡Una cosa que mi amigo Tom podrá confirmársela!

Sin poder evitarlo, todos quedaron silenciosos y le oyeron decir:

—Pero yo he pilotado mi «Rayo de Luz» y he ido hasta Marte y he vuelto... ¡EN MENOS DE MEDIA HORA!

Giró sobre sus talones y les dejó boquiabiertos, despidiéndose:

—¡Buenas noches, señores!

Capítulo VI

Al salir el profesor Feinberg, el Delegado de la Tesorería no se encaró con el general Tom MacGland, sino con el general Dam Rassy como encargado de las cuestiones administrativas de aquella Base Militar e indagó, en tono comunicativo:

—¿Cuánto llevan gastado en esos ensayos?

—No sé, señor Lhoman; en estos momentos, no podría darle unas cifras exactas.

Miró al anciano general MacGland y nuevamente indagó:

—¿Lo que ha dicho ese loco es cierto?

—Totalmente, señor Lhoman.

—¿No le habrá engañado a usted, haciendo con esa fantástica nave superveloz un simple viaje a pocas millas de la Tierra?

—Adolf es incapaz de engañarme, señor Lhoman; por otra parte, el viaje estuvo controlado por la Base «Tabor» de Marte. Tenemos allí un amigo que estaba en el secreto.

—¿Y no se les ocurrió comunicarlo al Gobierno?

—Esperábamos una oportunidad para hacerlo. Tenga en cuenta que, personalmente, usted siempre negó los créditos para más experimentos de ese tipo en esta Base.

—Por lo que veo, han obrado a espaldas de todos.

—Sin mala intención, señor Lhoman. Esta noche, al invitarles a cenar en mi casa, ha venido a ser como una comunicación especial. Le aseguro que no pensábamos mantener en secreto por más tiempo una cosa así.

Roy Whitman empezaba a sentirse irritado ante la severa actitud de aquel funcionario del Gobierno y terció:

—Perdone que intervenga, señor Lhoman, pero me parece que ante una cosa así, de tal magnitud, todo lo demás viene a ser secundario.

—¡No es secundario, capitán Whitman! Usted obedece a su jefe y sus jefes deben obedecer a quien corresponda. Y en este caso, yo no debía quedar al margen de unos experimentos así.

—¿Acaso habría usted aprobado los gastos? —quiso defenderse el anciano general.

—Posiblemente no. Pero si me hubieran demostrado que... que...

—Bien, puede comprobarlo usted mismo. «Rayo de Luz» está en los hangares. ¿Le apetece un «paseíto» hasta Marte? Antes de que

nos preparen nuevas tazas de café podemos estar de vuelta.

La proposición del anciano general era tan singular, tan imprevista, que por un instante todos guardaron silencio.

Pero, al fin, Walter Sherry indagó:

—¿Quién sabe pilotar esa nave?

—Yo, señor.

Todos miraron al joven ingeniero astronáutico Roy Whitman, con quien se encaró el Delegado gubernamental:

—¿Usted también estaba en el secreto, capitán?

—Es mi ayudante — dijo el general MacGland por toda explicación.

Lhoman miró al jefe de la Base y a su joven ayudante, exclamando con cierta sorna:

—¡Ya! Y por lo visto, unos a otros se encubrían. ¡Aquí han estado pasando muchas cosas raras!

Dejándose llevar por su vehemencia, al fin Roy Whitman estalló:

—¡Ya basta de reticencias, señor Lhoman! Nos mira usted como si fuéramos chiquillos que han cometido una travesura.

—¿Acaso no ha sido así, capitán?

—¡No! ¿Sabe usted cuántas horas de estudio, de duro trabajar, de ensayos y de riesgos hemos tenido que soportar?

—Pudieron someter esos ensayos a la aprobación del Gobierno.

—¿Y cree que no lo hicimos? Pero, en el Departamento de Defensa, rechazaron de plano el proyecto. Tacharon al profesor Feinberg de loco visionario y usted... ¡Usted mismo, señor Lhoman!, en cierta ocasión, no quiso recibirle.

—En el informe que me presentaron, venía consignado el nombre de Albert Weiss Richter. Y por aquellas fechas... ¡a ese asesino de su esposa se le tomaba por loco! Un ejército de psiquíatras le estaban sometiendo a mil pruebas.

—Dio la fatal casualidad de que, unas semanas antes, ocurrió aquel caso. Pero el profesor Feinberg quiso ser fiel al amigo que había investigado con él sobre la posibilidad de los «taquiones», y no borró su nombre de los informes.

Pausadamente, volviendo a servirse otro vaso de agua, al rechazar el cordial que le estaba ofreciendo el viejo general MacGland, el coronel Otto Himmer salió de su mutismo apuntando, con su proverbial agudeza:

—¿Por qué no dejan de discutir y enfocan el asunto como es debido?

Ted Lhoman se encaró con él, visiblemente molesto:

—No tenemos por qué precipitarnos.

—Por lo que observo, a usted le importa más una cuestión de rutina que ese maravilloso logro. Le molesta que hayan olvidado un tanto su autoridad como delegado del Gobierno, y eso no le deja comprender todo el fenomenal alcance de lo que han conseguido estos hombres.

La mano del enérgico militar señalaba al general MacGland y a su ayudante, proponiendo tras breve pausa:

—¿Qué les parece si echamos un vistazo a ese «Rayo de Luz? Créanme que, particularmente, estoy muy interesado en esa portentosa nave espacial.

Y, abriendo la marcha, aún exclamó, por primera vez jocoso y con aire divertido:

—¡Ahí es nada! Mis aburridos viajes a Plutón trasladando a toda esa escoria humana que no quieren aquí, ¡realizados en menos de seis horas!

El coronel Otto Himmer se volvió para ver si le seguían hacia el jardincillo de la casa; observó que, si bien el general Dam Rassy, el Delegado gubernamental Ted Lhoman y su acompañante Walter Sherry lo hacían así, el viejo general MacGland y su joven ayudante Roy Whitman se rezagaban.

—¿No vienen ustedes? — indagó.

—Ahora les seguimos. Voy a despedirme de mi esposa.

—Y yo de la señorita Richter —aclaró Roy Whitman.

Les vieron salir y los dos fueron en busca de las mujeres hacia otra habitación de la casa.

Y, entonces, sonaron los disparos en la noche, en el exterior de la casa.

* * *

Roy Whitman soltó la tibia mano de Ada Richter y alarmado miró a su jefe y a su esposa, de la que el viejo general, a su vez, se estaba despidiendo.

Por un instante los cuatro permanecían callados, hasta que una nueva detonación volvió a tronar.

—¿Qué pasa?

El joven ingeniero no contestó a la rubia muchacha, sino que marchó en dirección a la puerta, saltando directamente al exterior, lanzándose por la ventana.

Cuando aterrizó en la parte posterior de la casa, ya tenía su pistola de reglamento en la mano, ocupándose con la otra de retirar de su uniforme los pequeños cristales y las astillas de la ventana destrozada.

Se incorporó orientándose en la noche y corrió para doblar la esquina del elegante «bungalow» y alcanzar la parte delantera de la casa.

Y allí, con la pistola en la mano y protegiéndose tras uno de los vehículos aparcados, teniendo junto a él a tres cuerpos tendidos, el coronel Otto Himmer parecía buscar al invisible enemigo que les había atacado, al parecer ansioso de disparar.

Los pasos de Roy Whitman obligaron al coronel Himmer a volverse como una fiera acechada y le apuntó. Durante medio segundo, el joven ingeniero tuvo la fugaz impresión de que terminaría por disparar, pero la voz del general MacGland salió por la puerta central, indagando:

—¿Qué diablos pasa, coronel?

—¿Eh?

Otto Himmer volvió a torcer su cabeza identificando al jefe de la Base y reaccionó al fin:

—¡Han querido matarnos, general MacGland! Nos acercábamos a los vehículos cuando...

Roy Whitman ya estaba inclinado sobre los cuerpos de Ted Lhoman, Walter Sherry y el general Dam Rassy, anunciando al poco:

—Muertos... Un certero balazo en la cabeza cada uno.

—¡Uf! Me salvé de una buena —exclamó Otto Himmer.

Luego pareció recordar y pidió disculpas al joven ingeniero:

—Perdone, capitán, estaba algo nervioso y disparé contra usted. La verdad es que sentí pasos a mi espalda y como no esperaba verle aparecer por ese lado... Temí que...

—No tiene importancia, coronel. ¿Pudo calcular de dónde vino el ataque?

—No... Fue todo tan imprevisto. ¿Quién podía pensar...?

El anciano Tom MacGland estaba inclinado sobre el general

Dan Rassy y le cerró los ojos musitando:

—Pobre Dam… Siempre fue un excelente amigo.

De los «bungalows» vecinos ya acudía gente alarmada por el ruido de los disparos y el jefe de la Base ordenó a uno de los hombres, al reconocerle:

—Dé la alarma, teniente. ¡En la Base hay un sucio asesino a quien gusta disparar a traición!

Roy Whitman sintió la proximidad de Ada Richter, preguntándole:

—¿Está usted bien, Roy?

—Sí, Ada. Pero me temo que a todos los que hemos estado reunidos en esta casa, alguien desea matarlos.

Los ojos del joven ingeniero tropezaron con las enérgicas pupilas del coronel Otto Himmer, que preguntó, como si a él mismo se hiciera la pregunta:

—¿Adolf Feinberg, capitán?

—¿Cómo dice, coronel?

—Que si está usted pensando en ese sabio.

—¡Eso es absurdo, Himmer! —intervino el general MacGland —. ¡Le prohíbo que piense así de mi amigo!

—Perdón, señor… Pero es lógico deducirlo así. En la reunión estuvimos usted, su ayudante, esos tres hombres, yo… Y Adolf Feinberg, que fue quien salió primero.

Desde lejos, los ruidos de las sirenas de alarma empezaron a ulular en la noche. Potentes reflectores se encendieron, empezando a barrer con su luz el amplio perímetro de la Base Militar, mientras varios vehículos repletos de soldados marchaban de un sitio para otro.

La caza del o de los asesinos había empezado.

Uno de los «X—1000» último modelo descendió deslizándose sobre su colchón neumático, bajando de él el oficial de servicio, que, al instante, se cuadró ante el jefe de la Base.

—Han empezado a registrarlo todo, señor —informó.

—Bien, capitán… Ordene a sus hombres que no dejen ni una pulgada de terreno sin examinar. ¡Quiero al canalla que ha hecho esto!

Su índice tembloroso señalaba a los tres cadáveres y el oficial de servicio dijo:

—Ya viene la ambulancia.

Tom MacGland se apoyó en su anciana esposa que también había salido al jardincillo, regresando pesadamente a la casa. Roy Whitman observó que parecía cansado, abatido, más viejo que nunca. Y en un instante tomó sus decisiones encarándose con el oficial de servicio:

—Que no los toquen para nada, Ives. Dile al doctor Falcoy que luego iré por allí.

—Bien, Roy.

Fue a retirarse el oficial hacia su vehículo, pero volvió sobre sus pasos y quedamente indagó:

—¿Qué diantres ha pasado aquí, Roy? ¿Todo esto por qué?

—No lo sé, Ives. ¡Pero te aseguro que lo averiguaré! Y otra cosa... Búscame, donde sea, al profesor Adolf Feinberg.

—Creo que le vi en el bar del pabellón de oficiales. Estaba bebiendo como un cosaco y parecía enfadado.

—¡Tráele para acá cuanto antes, Ives! ¡Es importante!

Roy Whitman olvidó al oficial de servicio y fue a dirigirse hacia la casa de su jefe, cuando la voz de Otto Himmer le susurró:

—No lo niegue, capitán. ¡Está pensando lo que yo!

—¿Se refiere al profesor...?

—Sí. También sospecha de él. La orden que dio lo confirma.

—Se equivoca. Simplemente quiero tenerle aquí para intentar aclarar esto.

Antes de penetrar en la casa Roy Whitman quiso saber, clavando fijamente sus ojos en el coronel Himmer:

—¿Por qué diablos sospecha usted de Adolf Feinberg?

—Le diré, capitán, ¿no le vio abandonar la reunión muy enfadado?

—Sí. Ese pesado de Lhoman le zahirió un poco.

—¡Pues ahí está!

—¿Cree que eso es motivo para asesinar a tres personas?

—A cuatro, capitán. ¡Contra mí también disparó!

—Más a mi favor. Contra usted no podía tener nada.

—No haga caso, Whitman; esos científicos se vuelven locos muchas veces. Recuerde el padre de esa muchacha y lo que hizo.

—No embrollemos más las cosas, coronel. ¿Qué motivos puede tener el profesor Adolf Feinberg para desearnos la muerte?

—A usted y al general MacGland, quizá no. Han sido sus colaboradores en ese sorprendente invento de la utilización de los... ¿Cómo dijeron que los llamaban, capitán?

—Los «taquiones», partículas más veloces que la luz.

—Bien, por lo que les oí discutir, es posible que el profesor Feinberg temiera que ese Lhoman, como Delegado del Gobierno, saboteara una vez más su invento.

—Conozco bien al profesor Feinberg. Es hombre que jamás utilizó la violencia.

—Y yo conozco las inesperadas reacciones humanas, capitán. No olvide el puesto que ocupo en Plutón. Le digo que, aunque nos cueste admitirlo, en la mayoría de los hombres, en ciertas circunstancias, dejan escapar al asesino que llevan dentro.

—Eso no va con Feinberg. Le digo que le conozco bien, coronel.

—Entonces, déme una explicación lógica para este atentado. Yo, mientras tanto, seguiré pensando que nos atacó ese hombre.

—Eso es absurdo. «Rayo de Luz» sigue en los hangares. Bastará una simple demostración oficial, para que el Gobierno acepte el empleo de esa nueva energía para las naves espaciales.

—Nadie mejor que yo aprecia lo que eso puede significar, capitán. No olvide que, de mis veinte años de servicio, diez los he pasado lastimosamente viajando por el espacio. Pero...

La agradable voz cantarina de Ada Richter les llamó desde la puerta medio abierta:

—¿No entran ustedes?

—Sí, Ada. ¿Cómo está el general?

—En su despacho, ante el intercomunicador.

Con su energía habitual y su paso elástico, Otto

Himmer entró primero en la casa seguido del joven oficial, diciendo con su mejor tono amable a la rubia muchacha:

—¿Puede llevarme ante el general MacGland, señorita? Yo también tengo que cursar varias órdenes a mis hombres.

—Por aquí, coronel.

Minutos después, ante la muda solicitud del coronel Himmer, el anciano jefe de la Base le cedió el puesto ante el aparato intercomunicador y le oyeron decir a uno de sus oficiales:

—¿Raussem? ¿Es usted?

—Sí, coronel Himmer —contestó una voz.

—Ordene que redoblen la guardia de los prisioneros. Puede ser que el atentado que hemos sufrido esté relacionado con el motín de antes. ¿Comprende?

—Sí, coronel.

—Otra cosa, Raussem; vigilen bien a esos deportados que están bajo los efectos de los dardos adormecedores.

El oficial al otro extremo del intercomunicador pareció dudar, balbuciendo al fin:

—De… de eso quería hablarle, coronel.

—¿Qué pasa, Raussem?

—Que dos han desaparecido, señor.

—¿Cómo? ¿Está seguro?

—Sí, coronel… Lo siento, pero…

—Es usted un estúpido, Raussem.

—Sí… sí… mi coronel.

—¿Cómo ha podido suceder una cosa así?

—Verá, coronel… Era natural que los considerásemos a todos adormecidos bajo los efectos de los dardos. Teóricamente…

—¡Déjese de teorías y sandeces, Raussem! ¡Y búsqueme a esos dos pájaros!

Otto Himmer cortó con movimiento brusco la comunicación, mirando alternativamente al general MacGland, al capitán Roy Whitman y a la muchachita rubia que también le contemplaba. Y su voz sonó sorda al decir:

—Debe usted tener razón, capitán. Perdonen que haya sospechado de su querido profesor Feinberg. El atentado debe de ser cosa de esos condenados asesinos.

La voz dulce de la anciana esposa del general cortó todo comentario al anunciar, desde la puerta:

—Les he preparado unos cordiales… Creo que todos los necesitamos.

Y cuando se disponían a seguirla, tronó la explosión…

Capítulo VII

Del «Rayo de Luz» no quedó nada.

Nada, excepto un enorme montón de chatarra retorcida por el fuego producido por la misteriosa explosión, que también terminó por devorar completamente el hangar, en donde la veloz astronave había permanecido tras su primer viaje experimental a Marte.

No obstante, con todo y significar mucho aquella pérdida, no era lo peor.

Lo más grave era que su genial creador, el profesor Adolf Feinberg, había muerto dentro del hangar destrozado por la explosión o desgarradas sus carnes por las llamas, absurdamente junto a dos hombres a los que también se tardó lo suyo en identificarles.

Sólo por unos hilachos de sus uniformes pardos y por unos borrosos números que se les tatuaba a los deportados a Plutón, se pudo saber que eran los dos prisioneros que habían logrado burlar la vigilancia del teniente Raussem, el oficial del coronel Otto Himmer.

Tom MacGland meneó dubitativamente su canosa cabeza y comentó con su ayudante, a la vista de todos los informes:

—Cada vez entiendo menos esto, Roy. ¡No comprendo qué relación puede haber entre todas estas cosas!

—Yo tampoco, señor. Pero no hay duda de que existe esa relación.

—No lo sé, Roy... ¡No lo sé!

El viejo general volvió a hojear les papeles y, como recapitulando, volvió a decir:

—Veamos, muchacho, ¿qué relación puede tener el motín de los presos de ayer con la reunión que tuvimos, el atentado que sufrió el coronel Himmer y los otros desdichados, la fuga de los dos condenados que desaparecieron de la enfermería, cuando todos les creían dormidos, la explosión que destrozó la astronave y la muerte del pobre Adolf, junto a esos dos individuos?

—Por ahora no puedo contestarle, mi general. Pero de una cosa estoy seguro: alguien, por alguna razón, no desea que naves como el «Rayo de Luz» puedan permitirnos dar un paso de gigante en la

conquista del espacio.

—Ted Lhoman y su ayudante Walter Sherry parecían oponerse a ello, *a* juzgar por los obstáculos que pusieron al proyecto. ¡Pero los dos están muertos, Roy!

—Cierto. Y del general Dam Rassy no hay por qué sospechar. También murió.

Tom MacGland miró a su joven ayudante como si le viera por primera vez y sordamente musitó:

—Quedamos tú y yo, que conocíamos lo de esa nave, Roy...

Roy Whitman sonrió entre dientes.

—¿Sospecha de mí, señor? Yo, de usted, no, mi general.

—Por supuesto, Roy. No sospecho de ti. Pero...

—Ha olvidado usted al coronel Himmer, señor.

—Himmer se enteró anoche, cuando le invité a cenar.

—¿Por qué le invitó?

—No sé... Es un hombre que ha trabajado muy duro en los últimos veinte años. Quise darle una gran alegría; supuse que se pondría muy contento al enterarse de que sus pesados viajes a Plutón ya sólo durarían unas seis horas y no seis largos meses.

El viejo general meneó la cabeza canosa con su habitual movimiento, antes de razonar:

—Por otra parte, es absurdo que, para todos los que viven allí, no resulte una gran ventaja disponer de naves espaciales tan veloces. ¡Calcula tú lo que eso supone!

—Diga más bien lo que pudo suponer, señor... Muerto el profesor Feinberg y destrozado el «Rayo de Luz»...

—Sí, es cierto, Roy... ¡Es cierto! ¡Lástima!

—Yo recuerdo muchas de las piezas del generador de energía de esa nave, señor. Podría volver a diseñarlas, tal como usted y el profesor Feinberg las idearon.

—Nos faltarán las más vitales, Roy. Sin Adolf tardaríamos años en volver a construir otra igual.

—¿No tiene usted las fórmulas para la captación y aceleración de los «taquiones», mi general?

La respuesta del viejo militar fue rotunda;

—¡No!

Pero su joven ayudante no se rindió:

—Feinberg habló de la Universidad de Princenton, señor. Él y

Albert Weiss Richter estudiaron allí

con el acelerador de protones las cargas superluminosas de los «taquiones».

—Cieno, Roy, pero el padre de Ada ahora es un condenado. Una vez todos esos prisioneros terminen de pasar por la cámara de Hibernación, serán deportados a Plutón.

—¿Y qué importa eso, ante la enorme magnitud que puede significar ese portentoso descubrimiento?

—¿Me estás proponiendo que solicite el indulto de Albert Weiss Richter?

—Llámelo como quiera, general MacGland. Un indulto, un perdón, o simplemente que le dejen aquí. ¿No han comprobado que no está loco?

—Precisamente le condenaron a la última pena por el asesinato de su esposa.

—¡Pues que le dejen aquí! ¡Ese hombre puede hacer mucho por la Humanidad!

—Me gustaría. El padre de Ada fue tan amigo mío como el pobre Adolf y…

Dudó un instante antes de proseguir:

—También conocí a su esposa. Nadja era una mujer encantadora. Recuerdo cuando venían los tres a visitarnos y mi esposa se pasaba las horas con la pequeña Ada en sus rodillas. ¡Nosotros nunca hemos tenido hijos, Roy!

—Razón de más, señor. Pero, dejando los sentimientos aparte, está el que el padre de Ada puede sernos muy útil.

Tom MacGland se puso en pie con más energía que habitualmente empleaba ya a sus setenta años, miró con júbilo a su joven ayudante y dijo:

—Creo que tienes razón, Roy. Ahora mismo ordenaré al coronel Himmer que ponga a Albert Weiss Richter aparte de los otros prisioneros.

—¡Estupendo, señor! Será una gran alegría para Ada.

—Sí. Esa pobre muchacha nos lo agradecerá.

—Fírmeme esa orden para Himmer, señor. Quiero tener la satisfacción de mostrársela yo mismo a Ada. Luego, se la llevaré al coronel y Albert Weiss Richter quedará, de momento, bajo nuestra custodia.

Tom MacGland consideró que resultaba mucho más cómodo para él hacerlo así, empezando a buscar el talonario de órdenes que tenía sobre la revuelta mesa llena de informes y papeles, cursados desde los distintos puntos de la Base sobre todo lo que estaba allí ocurriendo.

Y, mientras estampaba su firma, comentó:

—Más tarde tendremos tiempo para solicitar un indulto o una revisión de condena para Albert.

Le entregó la orden firmada a Roy Whitman, pero antes de que el joven ingeniero astronáutico saliera le llamó:

—Roy…

—Diga, señor.

—Eres un buen ayudante, muchacho. ¡Y te aprecio! En los momentos críticos siempre estás a mi lado.

—Gracias, general MacGland.

—Presiento que, ahora, vamos a tener que estar más unidos que nunca. He tenido que informar al Gobierno Central sobre todo esto y no tardaremos en ver inundada la Base de encumbrados personajes huroneando todos por aquí.

—Les atenderemos y en paz, señor. No tenemos nada que ocultar.

—No, Roy… ¡Ya no!

—No tema, señor, el haber dispuesto de las instalaciones de la Base y de ciertas cantidades de dinero del Gobierno para esos experimentos, carece de importancia, teniendo en cuenta lo que usted y el profesor Feinberg lograron.

—Espero que esos delegados del Gobierno comprendan, con todo su significado, lo que representa disponer de astronaves tan veloces como lo fue ese «Rayo de Luz».

Con la sonrisa en los labios, ya desde la puerta, Roy Whitman contestó:

—Lo comprenderán, señor.

* * *

Ada Richter leyó la orden, miró radiante al joven ingeniero y al fin pudo exclamar, llena de alegría:

—¡Oh, Roy! ¡Esto es magnífico!

—Lo es, Ada; su padre ya no tendrá que ir a ese infierno. Ahora hay un motivo justificado para que le dejen aquí. ¡No podrán

negarnos el permiso!

Roy Whitman ofreció su mano, invitando a la rubia muchacha:

—¿Vamos?

Contra lo que esperaba, la mujer se contuvo y cambiando la expresión de su rostro recordó:

—No, Roy, me gustaría poder llevar esa noticia a mi padre. Pero tampoco podré olvidar lo que hizo... ¡Asesinó a mi madre!

—Comprendo, Ada.

—Deseo lo mejor para él, porque siempre me quiso mucho y me trató con amor. Pero lo que hizo... ¡lo que hizo fue horrible, Roy!

—De acuerdo, llevaré esta orden yo solo al coronel Himmer. Pero no olvide una cosa, Ada.

—¿Qué, Roy?

—Que hoy tendrá que comer conmigo. Le diré dónde le hemos instalado y cuál ha sido su reacción. ¿De acuerdo?

—Le estaré esperando, Roy.

Minutos después, en su vehículo especial, Roy Whitman se trasladaba al extremo sur de la amplia Base Militar donde sabía que el coronel Otto Himmer tenía instalados a los prisioneros que iban a ser deportados al lejano Plutón.

Dos centinelas con los característicos uniformes verdes le franquearon la entrada en el perímetro de los prisioneros, tras identificarse y mostrar la orden escrita del general MacGland.

Pero ya en el ascensor, acompañado por uno de los ordenanzas del coronel Himmer, mientras subían hacia el decimonoveno piso donde tenía instalado su despacho central, el soldado le anunció:

—No sé si podrá recibirle el coronel, capitán. Está muy ocupado.

—Me recibirá. Traigo una orden especial.

El ascensor se detuvo y el soldado indicó:

—Por aquí, capitán.

Roy Whitman observó que había mucha agitación en aquellos amplios pasillos. Desde que estaba destinado en la Base Militar de Yellowknife, apenas habría estado cuatro o cinco veces en el interior de aquel edificio, destinado a los pilotos, a los técnicos y soldados que precisaba el coronel Otto Himmer para sus viajes regulares de ida y vuelta a Plutón. Pero al joven ingeniero se le antojó que aquel día excesivos oficiales y soldados iban con

carpetas y documentos de un despacho a otro, y que todos parecían excesivamente serios y reconcentrados.

Como si algo les preocupase.

Al llegar frente a la puerta del despacho del coronel, Roy Whitman se dispuso a entrar, pero el ordenanza le rogó:

—Espere, capitán, es cuestión de un minuto.

—¿Tenemos que esperar un minuto plantados aquí?

—Así es, señor.

—¿Y eso por qué?

—Para que nos identifiquen.

—Ya lo han hecho a la entrada del perímetro.

Malhumorado fue hacia la puerta, pero ésta no cedió. Y una voz partió de alguna parte, ordenando con tono impersonal, casi metálico:

—Sus armas, capitán. Entréguelas al ordenanza.

El soldado que tenía junto a él extendió las manos significativamente.

—¿Por qué? —preguntó Roy Whitman.

Pero obedeció; entregó la pistola de reglamento, aunque la voz impersonal volvió a ordenar, insatisfecha:

—La otra, capitán Whitman. ¡La otra también!

Roy Whitman empezó a comprender. Aquella puerta tenía circuitos que detectaban las armas, de otra forma resultaba materialmente imposible que alguien más que él supiera de la existencia de la otra arma. Una diminuta pistola capaz de lanzar rayos «láser» que, como prudente medida, siempre llevaba bien oculta en el bolsillo posterior del pantalón.

—¡Muy ingenioso! — comentó, entregando también la otra pistola al ordenanza.

Sólo entonces la puerta del despacho del coronel Otto Himmer se abrió por sí sola, automáticamente, sin un solo ruido.

Cuando Roy Whitman se encaró con aquel hombre de rostro enérgico y violáceo, sin un solo cabello ni rastro de barba, cejas ni pestañas, indagó:

—¿A qué vienen tantas precauciones, coronel?

—¿Olvida dónde estamos, capitán?

Roy Whitman nada contestó y el militar del uniforme verdoso amplió:

—En este edificio suele haber de cuatro a cinco mil condenados, muchos de ellos son simples y vulgares asesinos. Pobres diablos cuyos horrendos crímenes les llevarán a Plutón. Pero otros... ¡Ah!

Hizo una pausa, avanzó hacia su visitante con gesto amplio, prosiguiendo:

—¡Otros son peligrosísimos! Hombres de ciencia que se volvieron locos, gente muy inteligente y bien preparada, capaz de las mayores argucias para escapar de la vigilancia de mis hombres y cometer algún delito más.

—Y usted desea protegerse, ¿no es eso, coronel Himmer?

—¿No lo haría usted?

—Posiblemente, pero ignoraba que habían adoptado ese sistema de seguridad ante las puertas.

—Veo que ustedes ignoran mucho sobre este edificio, capitán Whitman.

—Sí, me temo que a usted y a sus hombres les hemos concedido excesivas prerrogativas.

—En el fondo nosotros no estamos bajo su control. Pertenecemos casi a otro mundo. ¡A Plutón!

—Plutón también pertenece a la Tierra, coronel.

—Por supuesto, capitán... Pero está tan lejos, lo tienen ustedes tan abandonado, tan ignorado, que...

—No vine a tratar de eso. Traigo una orden firmada por el general MacGland para usted, coronel Himmer.

Con una mueca que aún hizo más violáceo su desagradable rostro, Otto Himmer musitó:

—Mc temo que las órdenes del pobre general Tom MacGland ya no tienen efecto, mi querido capitán.

Con el papel en la mano, mirándole fijamente, Roy Whitman quiso saber:

—¿Por qué ha dicho «el pobre general MacGland»?

—Muy sencillo, capitán, porque el jefe de esta Base Militar ha muerto.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Otto Himmer señaló el aparato intercomunicador con la pantalla del visófono instalada sobre su amplia mesa del despacho e informó, displicente:

—Acaban de comunicármelo.

—¡Es imposible! Apenas hace unos minutos le dejé en su despacho. ¡Me dio esto para usted!

La mano pálida de Otto Himmer se extendió hacia el joven capitán.

—¿Qué es?

—La orden para que nos entregue al prisionero Albert Weiss Richter.

Y retiró la mano que sostenía el papel, añadiendo excitado:

—Pero eso no importa ahora. ¡Quiero saber cuándo, cómo y por qué murió el general Tom MacGland!

—¿Ha dicho que «quiere» saber, capitán? ¿Le entendí bien?

—¡Perfectamente, coronel Himmer!

—Creo que olvida que no puedo recibir órdenes de usted. Soy superior en rango, en antigüedad de servicio en... ¡categoría!

—Lo que no le excusa de informarme.

—Infórmese por usted mismo, capitán. ¡Puede usar el intercomunicador!

En dos zancadas Roy Whitman se puso frente al aparato, manipuló las clavijas y el rostro del oficial de servicio apareció al instante en la pantalla del visófono.

Roy Whitman le reconoció, indagando angustiado:

—¿Qué ha pasado, Gregory? Acaban de decirme que el general Tom MacGland ha muerto.

La voz del oficial Gregory Wilson llegó hasta él apenada:

—Así es, Roy; al parecer fue un ataque cardíaco. Al menos, ésa es la opinión del doctor Falcoy.

Velozmente, pensando en la anciana esposa del fallecido jefe de la Base, el joven ingeniero preguntó:

—¿Lo sabe ya su esposa?

—Todavía no, Roy, todos estamos confusos. ¡Están ocurriendo excesivas cosas anormales aquí últimamente!

—Es cierto, Gregory. ¡Ahora mismo voy para ahí!

Roy Whitman apagó la pantalla, lanzó la orden que traía en la mano sobre la carpeta de la mesa de Otto Himmer y encarándose con él anunció:

—Ahí la tiene, coronel. Muerto o no, es una orden del general MacGland.

—Estudiaré el caso y veré si debo obedecerla… En estas circunstancias, comprenderá que debo ser precavido.

—No importa. A la Base van a llegar ciertas personalidades del Gobierno. Ellos tienen suficiente autoridad para obligarle a soltar a Albert Weiss Richter.

—¿Por qué tanto interés por ese asesino, capitán?

Roy Whitman se tomó medio minuto antes de contestar, con cierto tono en su voz:

—No lo sé, coronel… Pero estoy empezando a sospechar que usted también tiene mucho interés por ese hombre.

—Para mí, es un deportado, como tantos otros.

—Antes dijo que establecía ciertas diferencias entre los prisioneros.

—Quizá… Ese hombre tuvo un cerebro privilegiado. Pero eso fue en otro tiempo. Ahora es un condenado más y se hartará de limpiar ciénagas en el Continente Verde de Plutón.

Otto Himmer hizo un vago gesto con los hombros y añadió, como comentario:

—¡Ya ve, capitán! A eso conduce sus crímenes a los hombres…

Roy Whitman giró sobre sus tacones avanzando hacia la puerta.

—Buenos días, coronel Himmer… ¡Volveremos a hablar sobre esto!

—Cuando quiera, capitán Whitman… ¡Cuando quiera!

Capítulo VIII

Cinco estrellas de general imponen mucho y causan gran respeto. Pero ante los militares de la Comisión Investigadora del Gobierno Central, el capitán Roy Whitman concluyó:

—… Y eso es todo. Pero conste que me he ceñido a todo lo ocurrido, sin expresar mi opinión personal.

Desde su sitial, el teniente general Haskey Hassel observó al joven ingeniero astronáutico y quiso saber:

—¿Y cuál es su opinión personal, capitán?

—Que «alguien» está interesado en que no puedan volver a fabricarse astronaves superveloces como el «Rayo de Luz».

Otro de los militares de la Comisión Investigadora objetó:

—Eso es obvio, capitán Whitman. Máxime después de lo que ha ocurrido en Marte…

—¿Qué ha pasado allí, señor?

—Acaban de comunicarnos que un tal Maxwell Riley, jefe de la Base marciana de «Tabor»… ¡También ha muerto!

Excitado, casi olvidándose de dónde estaba, Roy Whitman exclamó:

—¿Lo ven? ¡Ese hombre era íntimo amigo del profesor Adolf Feinberg y del general Tom MacGland!

—Lo sabemos, capitán. Y el que por lo visto registró la llegada de esa extraña astronave que dicen ustedes lograron fabricar aquí, en esta Base.

Roy Whitman se volvió hacia el asiento que ocupaba el serio coronel Otto Himmer también reclamado para aquella reunión, diciéndole:

—Bien, coronel, ya sólo quedamos usted y yo.

Desde su sitial, el teniente general Haskey Hassel se inclinó hacia adelante preguntando:

—¿Qué dice, capitán Whitman?

—Que exceptuando el personal de los talleres, que ignoraban lo que estábamos fabricando, sólo quedamos el coronel Otto Himmer y yo que conociéramos la capacidad de vuelo de esa astronave.

Levantándose calinosamente, Otto Himmer informó:

—Yo me enteré la noche en que nos invitó a cenar el general MacGland. Por otra parte, el mismo capitán Whitman vio cómo a mí también me atacaba, cuando salimos hacia los vehículos.

—No, coronel —atajó con prontitud el joven ingeniero—. Yo no lo vi. Oí los disparos y me lancé por la ventana, corriendo hacia la parte frontera de la casa. Allí estaba usted con su pistola en la mano, y recuerde que estuvo a punto de disparar sobre mí.

—Oí pasos a mi espalda y le creí uno de los atacantes. Mi reacción fue natural. Cualquiera habría hecho el mismo movimiento instintivo de defensa. ¡Tuvo suerte de que me contuve a tiempo!

—Sí, tuve suerte, coronel Himmer… Quizá porque en aquel instante sonó a su espalda la voz del general MacGland.

El militar que presidía el interrogatorio volvió a intervenir, cortando aquel diálogo entre los dos hombres que se adivinaba sordamente violento y lleno de reticencias.

—Ciñámonos a los hechos, señores. Y los hechos son que dos de los prisioneros habían logrado salir de la enfermería, cuando los

hombres del teniente Raussem les creían bajo los efectos de los dardos adormecedores. ¿No es así?

—Así fue, señor —manifestó el teniente Raussem, también presente.

—En su opinión, señor Raussem… ¿Cree que esos dos hombres realizaron el atentado?

Se interrumpió el jefe de la Comisión Investigadora para leer un papel, prosiguiendo:

—Repito la pregunta, teniente: ¿cree que esos dos hombres realizaron el atentado contra Ted Lhoman, Walter Sherry, el general Dam Rassy y el coronel Otto Himmer?

—Lo creo, señor. Posteriormente debieron de forzar al profesor Adolf Feinberg llevándole al hangar donde estaba esa astronave y allí la volaron.

—¿Muriendo ellos también, teniente?

El teniente Raussem miró a todos los reunidos, manifestando:

—Como usted dice, señor… Me atengo a los hechos: sus cadáveres también fueron encontrados allí.

Uno de los cinco hombres de la Comisión Investigadora, preguntó directamente al médico de la Base:

—¿Qué hay de las balas que extrajo a Ted Lhoman, Walter Sherry y el general Dam Rassy, doctor Falcoy?

—Son normales. Pertenecen a las pistolas de reglamento que los oficiales llevan en esta Base, señor.

Otto Himmer volvió a levantarse, anunciando:

—Pueden examinar mi arma. Pertenece a un tipo especial, de las que usamos en Plutón, señor.

Con una vaga sonrisa, el teniente general Haskey Hassel indagó:

—¿Se siente usted acusado, coronel Himmer?

—En cierta forma sí, señor. Sobre todo por algunas veladas alusiones del capitán Whitman. Toda su actitud hacia mí es… ¿Cómo diría yo…?

—Tranquilícese, coronel Himmer, no creo que el capitán Whitman pueda acusarle de unos sabotajes que, al menos personalmente, le afectan a usted y a todos ios que están destinados en Plutón de una forma muy directa. Esta Comisión tiene muy en cuenta de que, en caso de poder volver a construirse una astronave como ese «Rayo de Luz» que dicen ha sido destruida aquí, los más

beneficiados serían las colonias terrestres que están cumpliendo sus duros cometidos en los lejanos planetas de nuestro Sistema Solar.

Hizo una breve pausa el teniente general Haskey Hassel, antes de añadir:

—Aunque, por otra parte, no alcanzo a comprender el interés de esos dos prisioneros para realizar tal sabotaje. Bien mirado, a ellos también les puede interesar vivamente que la Tierra logre un contacto más rápido y constante con Plutón. Ello implicaría unas posibles relaciones más directas, los trabajos allí adelantarían mucho y su suerte con ello no tardaría en mejorar.

Forzando su violáceo rostro poco acostumbrado a la sonrisa, todo lo más amablemente que pudo el coronel Otto Himmer dijo:

—Agradezco todos esos lógicos razonamientos, señor. Son los mismos que yo habría expuesto a esta digna Comisión, que, por otra parte, saltan a la vista a nada que se piense en ello.

—De todas formas, esta Comisión debe llegar a una conclusión y hasta nueva orden nadie abandonará esta Base, quedando todo su personal a disposición de nuevos interrogatorios mientras prosiguen las investigaciones.

—Con su permiso, me gustaría hacer una observación, señor.

—Hágala, coronel Himmer.

—Plutón pasa por su perihelio el primero de septiembre. Y hasta ahora, tal como venimos realizando los viajes, ésa es la fecha óptima para el lanzamiento de las naves. La última remesa de los sentenciados ya están siendo sometidos a la Hibernación y convendría no retrasar su traslado.

—Ya que son leyes físicas de la Naturaleza inalterables que el hombre no puede hasta ahora modificar, tendremos en cuenta esa circunstancia, coronel Himmer. Por otra parte, retrasar el traslado de esos deportados crearía un auténtico caos en esta Base, al ir llegando las nuevas remesas de los sentenciados en el nuevo período de seis meses.

El Presidente de la Comisión Investigadora observó un movimiento nervioso en Roy Whitman, preguntándole directamente:

—¿Tiene usted algo más que objetar, capitán?

—Sí, señor. Me gustaría que todos oyeran el dictamen del doctor Falcoy sobre la muerte repentina del general Tom

MacGland.

—Ataque cardíaco —respondió el doctor Falcoy.

—¿Sin ninguna clase de dudas, doctor? —insistió el joven ingeniero.

—Sin ninguna clase de dudas.

—Yo le dejé minutos antes bien tranquilo en su despacho.

—Es posible, capitán Whitman. Pero, con todo lo que estaba pasando y a su edad, quizá...

—¿Alguna otra cosa más, capitán Whitman?

—Sí, mi general; antes de morir, tan «inesperadamente», el general MacGland firmó una orden que me apresuré a llevar al coronel Himmer.

—Así es, capitán, en los informes quedó constatado.

—Me gustaría saber si tal orden se cumplió.

—No fue posible —intervino nuevamente el coronel Himmer—. Cuando la cursé, desde el Laboratorio de Hibernación me comunicaron que Albert Weiss Richter ya estaba en la cámara, sometido al tratamiento.

Roy Whitman volvió a mirar fijamente al coronel Himmer, confirmando:

—En otras palabras, que ese hombre permanecerá dormido durante un período de seis meses, ¿no es así, coronel?

—Así es, capitán Whitman. Creí conveniente no interrumpir el proceso de hibernación de los prisioneros, dado que el tiempo corre y la fecha óptima para el despegue de mis naves debe ser en un día fijo.

Roy Whitman miró primero a los cinco miembros de la Comisión, replicando:

—Si ustedes me permiten, señores, ¡yo calificaría esto de una bonita jugada!

Otto Himmer pareció desentenderse de Roy Whitman y adoptó una actitud entre divertida y displicente. Pero el teniente general Haskey Hassel alzó su voz para recomendar:

—Tenga cuidado con sus opiniones gratuitas y sus juicios personales, capitán Whitman. Aquí no estamos juzgando a nadie, sino intentando esclarecer un caso que, hay que admitirlo, se presenta un tanto confuso. Pero eso no le da derecho a prejuzgar ni fijar en su mente a ningún culpable. Estimamos que el coronel

Himmer obró con arreglo a lo acostumbrado y no vemos nada alarmante el que no interrumpa el proceso de hibernación de esos hombres.

—En general no, señor. Pero en el caso de Albert Weiss Richter... ¡Sí!

—¿Por qué, capitán Whitman?

—Porque ese hombre era el único, muertos el profesor Adolf Feinberg y el general MacGland, capaz de llevar a la práctica la teoría del empleo de los «taquio— nes» como fuerza para propulsar una astronave.

El teniente general Haskey Hassel consultó a los otros cuatro miembros de la Comisión Investigadora, diciendo tras un cambio de opiniones entre ellos:

—Nada sabíamos sobre eso, capitán.

—Yo tampoco, hasta que nos informó el general MacGland, señor.

—¿Ha dicho «nos informó», en plural?

—Exactamente, señor. En la cena que nos ofreció en su casa, el general MacGland y el profesor Feinberg nos hablaron a los que estábamos reunidos allí de Albert Weiss Richter; tiempo atrás, por lo visto ese hombre colaboró en la Universidad de Princenton en la «caza» y el descubrimiento de esos «taquiones», con el acelerador de protones.

Uno de los cinco miembros de la Comisión, dijo al general Haskey Hassel:

—De todas formas, si ya se le aplicó el proceso de hibernación, de poco podrá servirnos ese hombre.

—Permítame, señor —le atajó Roy Whitman—. Durante los próximos seis meses no. Pero luego despertará y podría ser que...

—Tomo nota de eso, capitán Whitman —aclaró el teniente general. Es una observación muy acertada, digna de tenerse en cuenta.

Otto Himmer volvió a levantarse, para decir:

—Opino como ustedes, señores, pero no puedo por menos que pensar si todo esto, todo este tremendo lío y caos que se ha venido formando aquí, no está basado nada más que en simples intereses particulares.

—Explíquese, coronel Himmer — requirió el teniente general.

—Parece ser que el capitán Roy Whitman y una tal señorita Ada Richter están enamorados. Ella llegó aquí con un permiso especial del general MacGland, autorizada para presenciar el embarque de los deportados. Parece ser que deseaba poder ver por última vez a su padre...

—Concrete, coronel.

—Apunto la posibilidad de que el capitán Whitman y esa mujer...

—¡Eso es absurdo! —estalló el joven ingeniero—. ¡Yo no conocía a Ada Richter!

—Estuvieron durante algún tiempo juntos en la torre de control, ¿no? — recordó punzante Otto Himmer.

—Así fue. Pero...

—Pudieron ponerse de acuerdo para formar todo esto, con vistas a que Albert Weiss Richter, ese asesino, ¡no fuera deportado!

La mano del teniente general Haskey Hassel se movió enérgica, ordenando tajante:

—¡Caballeros! No permitiré que hagan de esto una cuestión personal. Parece ser que hay intereses mucho más importantes y vitales en juego; y si, mutuamente, se muestran antipatía, ¡allá ustedes con sus problemas! Pero les recuerdo que, como militares, como ciudadanos y como hombres, deben esforzarse en esclarecer todo lo que ha pasado aquí, no entorpeciendo el curso de las investigaciones que nos llevarán a tomar medidas pertinentes.

Su mano se apoyó con la misma energía sobre la mesa, se levantó imitado por sus compañeros y anunció:

—¡Por hoy hemos terminado! Pero estén dispuestos a comparecer ante esta Comisión, siempre que se les requiera.

Roy Whitman avanzó hacia la salida del hemiciclo, deteniéndose al sentir detrás de él la desagradable voz chillona de Otto Himmer:

—Le aseguro una cosa, capitán; en mi mundo, usted habría sido arrestado. ¡La disciplina nos prohíbe acusar a un superior, ni siquiera del modo vago que usted ha estado haciéndolo!

Roy Whitman le miró fijamente antes de replicar :

—¿Ha dicho usted en «su mundo», coronel?

—¡Sí! Pero sabe que me he referido... ¡a Plutón!

—Afortunadamente, señor... Aquí existe más democracia. Los

arcaicos tiempos de esa férrea disciplina militar, que tanto parece admirar, ya están en desuso.

—¡Así van las cosas por aquí!

—Si tanto le gusta «su mundo», su querido y lejano Plutón, ¿por qué diablos no se queda allí de una condenada vez?

—Estoy cumpliendo con mi deber. Cosa que, al parecer, usted ignora, capitán.

Guardaron silencio al ver a uno de los generales de la Comisión Investigadora acercarse a ellos, recomendándoles:

—Ya han oído, guarden sus resquemores personales, amigos. ¡Será mejor!

Roy Whitman se desentendió de la mirada olímpica del coronel Himmer y avanzó hacia donde, al entrar, había dejado su pistola de reglamento. Y allí el ordenanza le dio una desagradable sorpresa.

—Lo siento, capitán —le dijo—, son órdenes... No puede usted ir armado.

—¿Cómo...?

Pero era inútil discutir y se dispuso a retirarse hacia su habitación.

Ante todo, lo que necesitaba era reflexionar y darse una buena ducha.

Capítulo IX

Roy Whitman dejó de pasear, exclamando:

—Lo siento, Ada. ¡No puedo evitarlo! La presencia de ese hombre me pone nervioso. Nunca me ha gustado y en esta ocasión mucho menos.

—Pero es absurdo, Roy. ¿Por qué sospechas de él?

—No sé... Su cara, ese modo de mirar que tiene, su forma de comportarse. ¡Más que un ser humano, parece un robot mecánico!

—Admito que no es muy agradable, pero recuerdo' que tú mismo me dijiste que ese color violáceo se adquiere cuando se han pasado muchos años viajando por el espacio. ¿No es así, Roy?

—Sí, Ada, sí... ¡Ya sé! Otto Himmer tiene una excelente hoja de servicio. Veinte años destinado en Plutón y diez de ellos de aquí allá y de allá aquí transportando deportados.

—Comprenderás que no le defiendo. A mí, personalmente, también me es antipático. Pero no quiero que te ofusques por algo personal, Roy. Eso te impediría ver claro y no podrás descubrir el

motivo real de todo lo que está pasando aquí.

—¡Ahí me duele, Ada! Quizás estoy nervioso, por—

que no lo veo claro. ¡No llego a comprender a quién no puede interesarle que astronaves como el «Rayo de Luz» puedan un día fabricarse en serie!

—Desde luego, a hombres como el coronel Himmer les interesa mucho que eso pueda ser algún día una realidad.

Aceptó el cordial que la muchacha rubia le ofrecía como refrescante, pero antes de beber, Roy insistió:

—Entonces, Ada, descartado el coronel Hommer, tendremos que admitir que aquí, en esta Base, tenemos algún enemigo común bien oculto.

Mirándole fijamente, Ada Richter indagó quedamente:

—¿Te ofenderás si te digo lo que he oído, Roy?

—¡Adelante! ¿Qué oíste?

—Pues bien… Que tú eres el responsable.

Roy Whitman sonrió divertido, apurando el vaso antes de refutar:

—¡Eso es ridículo! ¿A quién se lo oíste?

—Salía de casa de la señora MacGland, cuando oí a un grupo de soldados comentarlo.

—¡Serán majaderos!

—Debes comprender, Roy, todo el mundo anda desorientado.

—Pero hay un montón de razones para pensar que yo no soy el culpable.

—Enuméralas, Roy, por favor…

El hombre miró a la muchacha adquiriendo sus pupilas mayor intensidad al indagar:

—¡Un momento, Ada! ¿Es que deseas que enumere esas razones para convencerte a ti misma? ¿Sospechas también de mí?

—¡Oh, no, Roy! No sé que te hace decir eso.

—Tu actitud de ahora.

Roy Whitman volvió a pasear, antes de añadir:

—Está bien, ahí van mis razones. Primera, señorita Richter: como ingeniero astronáutico y ayudante del general MacGland, yo le diseñé no pocos de los planos de esa astronave, aunque siempre siguiendo sus instrucciones y las teorías del profesor Feinberg.

Segunda: me cuidé de que todo el personal de la Base creyera que estábamos construyendo una nave como otra cualquiera, aunque con unas características especiales sin tanta importancia. Tercera: durante ciertos vuelos experimentales, acompañé al profesor Feinberg y me enseñó el manejo de «Rayo de Luz». Cuarta: cuando ocurrió el atentado contra Himmer y los otros, recuerda que estaba despidiéndome de ti en compañía del general MacGland que estaba junto a su esposa.

—Lo recuerdo perfectamente, Roy.

—Por lo tanto, yo no pude disparar y matar a Ted Lhoman, Walter Sherry y ese condenado coronel de cara verdosa.

—¡Pero Roy! ¡No es a mí a quien tienes que convencer!

—Déjame terminar. Yo estaba precisamente en el despacho del coronel Himmer, cuando me enteré de la repentina muerte del general MacGland. Y me olvidaba recordar que, cuando sentimos el ruido de la explosión que mató al profesor Feinberg y destrozó su astronave, ¡seguía en la casa junto a todos vosotros!

—¿Te picaste por lo que dije, Roy?

—Me molestó, Ada.

—De acuerdo, pues grita por ahí a quien sospeche de ti todas esas razones. ¡No me las digas a mí!

—Me pediste que las enumerase, ¿no?

—Perdón, capitán Whitman. ¡Ignoraba que fuera usted tan quisquilloso!

Roy Whitman se acercó a la muchacha hasta poner sus manos en los hombros de ella, buscando con su mirada los grandes ojos femeninos. Y Ada Richter comprendió que las pupilas masculinas solicitaban una reconciliación.

—Está bien. ¡No me mires así, Roy! ¿Quieres ponerme nerviosa?

—Lo estamos todos, Ada. ¿Y sabes por qué?

—No… Estoy esperando que tú me lo digas.

—Pues porque en el fondo, todos intuimos que detrás de esto se oculta algo muy gordo.

—¿Muy gordo?

—Bueno… Algo muy serio y posiblemente monstruoso. ¡Llámalo como quieras!

—¿Te refieres a que en torno nuestro están actuando fuerzas

extrañas? ¿Fuerzas extraterrestres, Roy?

—No precisamente eso, Ada. Hace tiempo que el hombre ha dejado de creer en seres inteligentes de otros mundos. Esas historias de «marcianos», platillos volantes que venían de otras galaxias y todo eso eran corrientes siglo y medio atrás, cuando todavía nos quedaban las incógnitas de lo que podía haber en los planetas de nuestro Sistema Solar todavía no conquistados. Pero hoy en día resultan absurdas esas ideas de vieja.

—No tan absurdas, Roy. Hay científicos que afirman que existe vida organizada en otros Sistemas.

—Lo admito y posiblemente algún día nos daremos las manos. Pero pierdes de vista una cosa: a Ted Lhoman, a Walter Sherry y al general Dam Rassy les asesinaron con balas que disparan las armas que utilizamos aquí, en la Tierra. Y el profesor Feinberg murió de una forma que no es ningún misterio.

—¿Crees tú que esos dos hombres que se encontraron también destrozados junto a él le matarían?

—De momento, esos estirados generales de la Comisión Investigadora hacen que se tragan esa píldora.

—¿Tú no, Roy?

—No, Ada. ¡Yo no!

—¿Por qué no?

—Porque fueron dos pobres diablos utilizados como anzuelo.

—¿En qué te fundas para decir eso?

—Sencillo: he investigado a cerca de la identidad de esos dos tipos. Uno se llamaba Wassily Pavlof y en Ucrania fue condenado a ser deportado a Plutón, por haber asesinado a dos hombres y una mujer para robarles. Era un hombre sin instrucción casi, sin principios y que siempre había vivido a salto de mata. El otro era un portugués llamado Marcello Veiga, casi de las mismas características, portero de una destilería de Lisboa, aficionado a la bebida que también cometió otro par de asesinatos. Ya había sufrido varias condenas por embriaguez y pequeños hurtos.

—Hombres así son capaces de todo.

—Por dinero sí, Ada. Y si quieren hacernos tragar la píldora de que ellos mismos se inmolaron tras arrastrar al profesor Feinberg al hangar para destruirle con su astronave, eso implica una buena dosis de idealismo.

Se interrumpió, antes de remachar:

—Idealismo por lo que sea, pero con su valor hacia el sacrificio.

—¿Y si, al intentar volar el hangar, sufrieron un accidente y no pudieron salir a tiempo?

—Es una hipótesis, pero muy remota.

—Queda otra hipótesis, Roy.

—¿Cuál?

—Algo descabellada, pero aceptable, que el profesor Adolf Feinberg, ofendido en aquella reunión que tuvisteis después de la cena, se volviera loco, atentase contra Ted Lhoman y los otros y luego destruyera su propia creación: el «Rayo de Luz».

—¿Y los dos tipos encontrados junto a él?

—Cuando se fugaron de la enfermería, quizá se refugiaron allí, en ese hangar.

—Bien, pero olvidas algo.

—¿Te refieres a la inesperada muerte del general MacGland que ocurrió después de morir al profesor?

—¡Exactamente! Nunca he creído en ese ataque al corazón.

—El doctor Falcoy dice que fue así.

—Sí, pero provocado por «algo» que vio o «algo» que le hicieron.

—No sé, Roy… ¡Todo esto es muy complicado!

—Sin embargo, debe tener una explicación simple. ¡Lo que hace falta es encontrar los motivos!

—Ya nos hemos esforzado sin encontrar ese motivo. ¿A quién puede interesarle que el mundo no progrese? Hoy en día toda la humanidad está unida en un Gobierno Central Mundial. No hay rivalidad entre grandes potencias o naciones como en siglos atrás. El objetivo común a todos es la total conquista del espacio. Si naves como ésa que consiguió construir el profesor Feinberg surcan los espacios siderales con su veloz ir y venir… ¡Todo el mundo saldría beneficiado! ¡Sería tanto como reducir las dimensiones del Universo! ¡Ganar la batalla al tiempo! ¡Poder asomarnos al Más Allá, Roy!

—Cierto… ¡Pero «alguien» desea impedir ese paso de gigante!

—¡Pues es un monstruo! ¡No puede tratarse de un ser humano!

—Un monstruo o un loco, Ada. ¡Pero con mucho poder!

La mujer se estremeció.

—¡Me asustas, Roy!

—Lo digo porque sus tentáculos también han llegado hasta Marte.

—¿A Marte, Roy?

—Sí, los de la Comisión Investigadora me han dicho que Maxwell Riley, el jefe de la Base marciana de «Tabor» y que controló el vuelo experimental de «Rayo de Luz» a petición del general MacGland y el profesor Fainberg… ¡También ha muerto!

—¿Asesinado?

—Así parece. Esperan informes más detallados. Pero resulta altamente significativo que todos los que de una u otra forma están relacionados con esa astronave… ¡mueren!

Ada Richter volvió a mirar al hombre fijamente, obligándole a decir a Roy Whitman:

—Estás pensando que yo no, ¿verdad, Ada?

—Bueno… Tú… tú y el coronel Himmer.

El joven ingeniero sonrió débilmente al decir:

—¡Quién sabe, Ada!… Aún no ha terminado todo esto. Es posible que a ese antipático coronel y a mí también…

—¡No, Roy! ¡No! ¡No digas eso!

La mujer corrió impulsivamente hacia él, refugiándose en su pecho al sentir que los brazos masculinos rodeaban su cuerpo.

Por un instante, los dos guardaron silencio, sintiendo la proximidad de sus cuerpos jóvenes rebosantes de vida. Ella parecía turbada, pero no se apartaba de él, que la sintió temblar ligeramente entre sus brazos.

La tentación era mucha y Roy Whitman no pudo evitarla, inclinó su cabeza y sus labios rozaron los sedosos cabellos rubios, sintiendo los sentidos como embriagándose con el perfume femenino.

Ada Richter percibió la caricia en sus cabellos y musitó:

—Perdona, Roy… No pude evitar al oír que decías que posiblemente también a ti… ¡Sería horrible!

Él no dejó con sus brazos que se apartase, musitando:

—No tienes que pedirme perdón, Ada. Es lo mejor que has podido hacer…

La mano masculina obligó a la mujer a mirarle a los ojos

sujetando su barbilla, añadiendo:

—Yo también te quiero, mi adorable diosa rubia. ¡Y mucho!

—¡Oh, Roy! ¿También tú...?

—¿Te extraña? Sería imposible no enamorarse de ti.

Nueva tentación a su alcance, que esta vez Roy Whitman no se esforzó en vencer. Los labios femeninos se mostraban muy cerca de él medio abiertos, y con los suyos aprisionó aquella boca fundiéndose los dos en la prolongada caricia.

Y fue como si un fuego interior les devorase, como si una misteriosa intuición les anunciara que debía sentir, y vivir, y amar... ¡Porque la Muerte les rondaba!

No se equivocaban: la Muerte aún andaba suelta por la Base Militar de Yellowknife...

Capítulo X

Fue al otro día, cuando en el despacho del fallecido general MacGland y en compañía de otros oficiales de la Base, el capitán Roy Whitman intentaba poner orden al caos que empezaba a formarse en aquel campamento militar canadiense.

Los ánimos parecían excitados, la disciplina se resentía, y el ir y venir de los cinco generales de la Comisión Investigadora nombrado por el Gobierno Central Mundial, no ayudaba, precisamente, a que la Base recuperase el ritmo normal de su anterior funcionamiento.

—Si seguimos así, tendremos mayores problemas —opinó el capitán Ives—. Cada uno de los que estamos aquí, mira a los otros con recelo.

Otro de los oficiales objetó:

—Sí. Ya han estallado algunas peleas entre los soldados de la guarnición. Los muy estúpidos se acusan unos a otros.

—Todo volverá a la normalidad cuando aparezca el culpable —ansió tranquilizar Roy Whitman.

—¿Y cuándo ocurrirá eso, Roy? Esos generalitos cosen a todo quisque a preguntas. ¡Pero nada adelantan!

—Lo conseguirán, Ives, el teniente general Haskey Hassel es un lince para estas cosas. Ya ha resuelto mayores problemas.

El visófono zumbó y al estar más cerca fue el capitán Ives Robien quien accionó la clavija, contestando a la imagen del soldado de servicio en la torre de control:

—¿Qué pasa, muchacho? Soy el capitán Ives Robien.

—Preguntan por el capitán Whitman, señor. ¿Está por ahí?

—Es para ti, Roy... Espera un instante, muchacho.

Roy Whitman se asomó a la pantalla, sabiendo que su imagen también estaba siendo transmitida.

—¿Qué pasa?

—El coronel Himmer desea establecer comunicación con usted, capitán.

—¡Adelante! Conecta.

La pantalla vibró un instante, apareciendo en lugar de la imagen del soldado la cara violácea del coronel Otto Himmer.

Y su saludo le resultó a Roy Whitman un tanto sorprendente:

—¿Qué tal ha dormido, capitán Whitman?

—¿Cómo?... ¿Eh?... Bueno, pues... Perfectamente, coronel. ¿Y usted?

—Seguro que no pasé la noche tan bien como usted, capitán. Estuve durante horas y horas pensando.

—Dígame qué desea, coronel; en estos momentos tenemos mucho trabajo.

—Lo comprendo. Pero es muy importante lo que deseo tratar con usted, Roy.

¿Roy? Era la primera vez, en los dos años y pico que se conocían cuando el coronel Otto Himmer aterrizaba por allí, que le llamaba así, por su nombre.

Roy Whitman era consciente que sus compañeros de servicio escuchaban la conversación y apremió:

—¿De qué se trata, señor?

—Algo personal. ¿Podríamos vernos esta noche, capitán?

—Perdone usted, coronel. Pero que yo sepa no tenemos pendiente nada personal. De todas formas, aunque fuese así, ya escuchó el consejo que nos dio el general Hassel. ¿No?

—Precisamente se trata de todo esto que está pasando. Le digo que he reflexionado profundamente sobre el caso y creo haber llegado a una conclusión.

—Expóngala ante los de la Comisión, coronel.

—Lo haré, pero antes quiero cambiar unas opiniones con usted, Roy.

¡Otra vez Roy! ¿A qué venía ahora tanta familiaridad?

—Está bien. ¿A qué hora le parece?

—Como supongo que usted cenará con la señorita Richter, después de la cena. ¿Le parece a las once, junto a la glorieta sur?

—Me parece bien, coronel. Pero creo que nada tenemos que tratar en común, Himmer.

La voz de Otto Himmer aún se hizo más amistosa al replicar:

—No sea niño, Roy. Los hombres, los verdaderos hombres, siempre tienen cosas en común. Usted y yo nos hemos zaherido mutuamente, quizá llevados por nuestro celo y ardor al desear aclarar las cosas. Y le repito que, después de reflexionar mucho, precisamente eso me identifica ahora con usted. ¿Me comprende?

—De acuerdo, estaré a las once junto a la glorieta sur.

—Hasta entonces, Roy... Y salude a la señorita Richter de mi parte. Siento no poder hacerlo personalmente, pero estoy muy ocupado.

Roy Whitman tuvo la intención de accionar la clavija y dejar de mirar al antipático rostro del coronel Himmer que reflejaba la pantalla. Precisamente cuando se esforzaba en sonreír y mostrarse amable, su cara resultaba mucho más repulsiva. Pero no lo hizo sin preguntar antes:

—¿Le ocupa todo su tiempo la hibernación de esos pobres diablos, coronel?

—Sí, Roy, estamos acelerando los preparativos para el viaje. Entre unas cosas y otras ya hemos perdido mucho tiempo.

—No olvide que a Albert Weiss Richter tiene que dejarle aquí.

—Bueno, Roy... No he recibido órdenes concretas de la Comisión con respecto a ese hombre. De eso también trataremos en nuestra charla. ¿De acuerdo?

Consciente de que era también observado por el otro en la pantalla del visófono, Roy Whitman nada dijo, limitándose a mover la cabeza afirmativamente. Luego accionó al fin la clavija y mirando a los otros oficiales indagó:

—¿Qué os parece? Ahora se muestra amistoso.

—No había razón para que mutuamente os estuvierais tiroteando, Roy.

—Cierto, Ives. No hay razón. Pero siempre he tenido la impresión de que ese hombre sabe más cosas de las que dice.

—Al parecer, desea compartirlas contigo. ¿Oí mal, Roy?

—No, Ives. ¡No oíste mal! Pero si descubrió algo, no es a mí a quien debe decírmelo. Por aquí rondan cinco generalitos que han venido, precisamente, para aclarar todo este estupendo embrollo.

—En fin, Roy. ¡Allá vosotros!

Siguieron cada uno dedicándose a su trabajo y aquella conversación por el visófono fue olvidada.

Pero Roy Whitman no la olvidó.

Todo el día estuvo dándole vueltas a la cita del coronel Otto Himmer.

* * *

—Quiere charlar conmigo. ¡Eso es todo, Ada!

—Pero ¿de qué, Roy?

—Al parecer, de todo lo que está pasando. Dice que ha llegado a algunas conclusiones.

Con resignación, Ada Richter dio la velada por terminada. Se levantó recogiendo los platos y al pasar junto al hombre, mirando de soslayo su reloj de pulsera comentó:

—Aún falta media hora. ¿Te quedarás a tomar café?

—Sí, en diez minutos estaré en la glorieta sur.

—¿Por qué te citó allí?

—No lo sé. ¡Sólo cambiamos unas cuantas palabras!

Se encontraba molesto con él mismo, no encontraba explicación para el nerviosismo que sentía. Pero era como una corazonada, como una desazón interior que intentaba advertirle del peligro. Por eso, irritado, añadió, mientras la muchacha caminaba hacia la cocina:

—¿Qué tiene de malo la glorieta sur?

—Yo no he dicho que tenga nada de malo, Roy. Simplemente me parece el lugar menos adecuado para una cita entre dos hombres. En toda la Base, hay mil lugares donde podéis charlar.

—A lo mejor, a ese tipo le gustan los árboles, los jardines, las flores y los rincones románticos. ¿Qué sé yo?

Bebieron el café y arrojando la servilleta sobre la mesa Roy Whitman se levantó.

—Me voy, Ada. Siento que nos hayan estropeado la noche.

—Dijiste que en diez minutos podías llegar allí.

—¡Lo sé! Pero necesito respirar un poco de aire.

—¿Tan mal estás aquí, Roy? Todos estos departamentos tienen aire acondicionado.

—¡Y dale! He dicho respirar un poco de aire, por no decir reflexionar.

—Está bien, cariño. ¡No quiero ponerte más nervioso!

—¡Yo no estoy nervioso!

—¡Lo estás! —contestó la mujer con el mismo tono.

Roy Whitman guardó silencio y contempló a la enojada muchacha rubia. Realmente, aquella mujer era un encanto, un auténtico regalo que Dios le había dado, al haber llegado a una total compenetración con ella en tan pocos días. Debía sentirse agradecido, cariñoso, enamorado.

Y sin embargo...

Se dominó, acercándose y tomándola entre sus brazos.

—Perdona, amor mío. Si estoy nervioso es porque me roban los minutos de estar contigo.

Ada Richter, también sonriente, ofreció con dulzura:

—¿Quieres que te acompañe, Roy?

Los brazos masculinos aflojaron la presión de la cintura.

—No, Ada. Es mejor que vaya solo.

—No hay nada extraño que nos acerquemos los dos paseando allí, hace una noche espléndida y ya que todos saben que nos...

Se interrumpió, algo ruborizada, para atacar por otro lado:

—Además, me gustaría hablar con ese Otto Himmer sobre mi padre.

—Sobre lo de tu padre, aún nada se ha decidido.

—Me horrorizo, cada vez que pienso que ya está en estado de hibernación.

—Eso no debe preocuparte. No sienten nada, permanecen dormidos esos seis meses y hasta viene a ser como un descanso físico. Como una regeneración de todas las células constitutivas del cuerpo humano.

—¿Por qué no quieres que te acompañe?

— Porque la cita me la dio a mí sólo. No quiero que piense que tengo miedo de entrevistarme con él.

Con la franqueza que la caracterizaba, la mujer indagó:

—¿Y no lo tienes, Roy?

Roy Whitman no se molestó. Más bien sonrió amablemente,

contestando:

—Voy a decirte una cosa, cariño, en la Academia Militar nos enseñaban que el miedo de ser cobarde es el valor del valiente. ¿Comprendes?

—Sí, Roy... ¡Comprendo!

—Ahora tengo que marcharme.

——¿Me llamarás luego?

—Lo haré, Ada. No podría dormir sin darte las buenas noches, cariño.

Y con un prolongado beso se despidieron.

Capítulo XI

Con su vehículo especial, Roy Whitman alcanzó la parte sur de la Base Militar de Yellowknife en pocos minutos. No utilizó los mandos elevadores porque en aquella zona había muchos árboles y vegetación y a la débil luz de la Luna no habría podido localizar una explanada ideal para el descenso.

Por eso el «X—1.000» se deslizó a dos palmos del suelo sobre su colchón neumático, no acelerándole su conductor del todo porque le sobraba tiempo.

En verdad que aquél era el lugar más acogedor de la Base. Allí se podía estar en íntimo contacto con la Naturaleza, de la que poco a poco el hombre del año 2.300 se iba olvidando a fuerza de técnica, adelantos, comodidades y grandes edificaciones de acero y cristal que lo tenían todo.

Todo, menos el verde natural de los árboles, el fresco inimitable de la hierba, el aroma de la tierra fecundada y la caprichosa forma de las delicadas flores que ofrecían, con generosidad olvidada, una maravillosa muestra del poder de la Creación.

Roy Whitman descendió del vehículo y por un paseo de arena intentó localizar la glorieta, donde sabía que un gran estanque con mil fuentes susurraba su eterna canción constantemente.

Miró la esfera luminosa de su reloj, comprobando que aún faltaban dos minutos para las once. Con toda seguridad, dado su rigidez casi teutónica, el coronel Otto Himmer no acudiría a la cita hasta la hora exacta.

Pero se equivocó.

La alta y enérgica silueta con el uniforme verde y el rostro violáceo avanzó hacia él por un sendero lateral que

desembocaba en la glorieta del estanque, saludando con su voz algo desagradable y chillona:

—Buenas noches, Roy. Veo que estaba impaciente por hablar conmigo.

—Buenas noches, coronel. Sólo faltan dos minutos para las once —se excusó el joven ingeniero.

Otto Himmer sonrió como él solía hacerlo, forzándose por dar a su anguloso rostro violáceo una apariencia de cordialidad al decir:

—Empecemos nuestra charla franca y llanamente, Roy. ¡Sin ninguna clase de tapujos!

—Acepto que estaba impaciente. La verdad es que no esperaba esta reacción en usted, coronel.

—Es porque me conoce poco.

—Sólo llevo dos años destinado en esta Base. Por lo tanto, le he visto a usted cuatro o cinco veces, ¿no es así?

—Así es, Roy.

—Otra cosa. ¿Por qué me llama ahora por mi nombre?

—Vamos a ser amigos. Usted puede llamarme Otto.

—Aceptado. Pero ¿quiere decirme el motivo de esta familiaridad?

—Para eso le cité.

—¡Pues al grano!

—Antes debo hacerle unas preguntas preliminares.

—Eso me suena a condiciones, coronel.

—Otto... Hemos quedado que nos olvidaríamos de los protocolos.

—Está bien, Otto... ¡Siga!

—La primera pregunta: ¿Está usted de acuerdo con el mundo actual?

Roy Whitman quedó algo desconcertado. Para ganar tiempo hizo ademán de buscar los cigarrillos, pero Otto Himmer rogó, atajándole:

—Por favor, no fume. ¡No soporto los vicios!

—Poco puede molestarle el humo aquí. Estamos al aire libre, en plena noche y...

—No me ha entendido, no es el humo lo que me molesta. He dicho que no soporto los vicios.

—De acuerdo. ¿Su pregunta era…?

—Si está usted conforme con el mundo actual. Digamos, tal como sigue desarrollándose la civilización.

El joven ingeniero logró sonreír, opinando:

—Aunque no fuera así, poco podría hacer yo.

—Se equivoca, Roy, cada hombre, por el hecho de serlo, tiene sobre sus hombros la responsabilidad de los otros, sus semejantes.

—Todo eso es muy vago, coronel… Perdón, Otto.

—No ha contestado todavía a mi pregunta.

—Bueno, pues… Le diré, estoy de acuerdo tal como se desarrolla nuestra civilización en muchas cosas, y en otras muchas no.

Con aire de triunfo, su oponente manifestó:

—¡Lo suponía! No me equivocaba al catalogarle.

—Pero ¿a qué viene esto? Es obvio que un hombre consciente no esté de acuerdo con muchos fallos que pueda tener la civilización humana. Pero no por eso debe rechazarla.

—No… ¡Pero puede intentar mejorarla, sí!

— Desde mi puesto, hago lo posible en ese sentido.

—¿Fumando? ¿Aceptando los vicios? ¿Bebiendo licores? ¿Aceptándose sin protestar con un sinfín de costumbres que deben ser, de una vez, desterradas?

Roy Whitman se puso en guardia y atajó:

—Oiga, Otto; no acudí a esta cita para enzarzarme en una conversación filosófica. Dígame de una vez para qué…

—A eso voy, Roy; deseo empezar a descubrirle a usted un mundo mejor. ¡Un mundo dónde sólo tengan cabida los superhombres!

—¿Eh? ¿Cómo ha dicho?

—He dicho los… ¡superhombres!

Esta vez, Roy Whitman sonrió divertido, rechazando:

—Por favor, coronel… Deje tranquilo a Nietzsche: ese alemán trastornó al mundo con sus teorías hace muchos siglos. ¡Ya nadie le lee!

—Las verdades, cuando lo son en un sentido absoluto, ¡son eternas!

—No discutamos. Pero no veo qué diablos tiene que ver Nietzsche, sus locas teorías sobre los superhombres y usted, y yo.

Creí que se había citado aquí para hablarme de algo relacionado con todo lo que está ocurriendo en la Base.

—Todo está íntimamente ligado, Roy. ¡Porque usted también va a ser de los elegidos!

Fue tanta la sorpresa de Roy Whitman, que no contestó. Y la pausa la aceptó su oponente para remachar:

—Es más... ¡Hace tiempo que fue usted elegido!

—¿Elegido por quién?

—¡Por nosotros!

Intuyendo, mirándole fijamente, Roy Whitman preguntó como un eco:

—¿Por ustedes?... ¿Quiere decir por..., por los superhombres?

—Así es, Roy, ¡Yo soy uno de ellos!

O daba media vuelta y se marchaba, o seguía allí, apurando aquella absurda charla a ver dónde paraba. Pero optó por la ironía y exclamó, con cierto tono despreciativo e hiriente:

—Vamos, por favor, coronel Himmer. ¡No me haga usted reír! ¿De veras usted se siente un superhombre?

—¡En nuestro mundo lo soy!

—¿En su mundo? ¿Quiere impresionarme? ¿Me cree tan ingenuo que, si ahora añade que ha nacido en otra Galaxia voy a creerle?

—No voy a decirle nada de eso. He nacido en la Tierra, como usted.

—¿Entonces...?

—Pero llevo muchos años fuera de esta gastada esfera, corrompida y maloliente, contaminada por los vicios y las equivocaciones de los hombres.

—Vamos... Que se siente profeta.

—Aquí, sí; en nuestro mundo sólo soy una pieza del engranaje.

—Terminemos. ¿Dónde está «su mundo»?

Otto Himmer no dudó un instante, aclarando con orgullo:

—¡En Plutón!

Pero Roy Whitman no se desconcertó, replicando:

—¡Me lo figuraba! El carcelero, enamorado de la prisión que guarda, ¿no?

—Aquello no es una prisión, como ustedes ingenuamente

creen. Plutón es una promesa.

—Una promesa ¿de qué, amigo Otto?

—Se lo he dicho: de un mundo mejor, más racional, más lógico. Una excelente plataforma donde los seres humanos se están adaptando para, en su día, poder desarrollarse con su auténtica dimensión.

—¿Para llegar a ser superhombres?

—¡Exacto! Para configurar una nueva raza.

—¿La que soñaba ese Nietzsche, quizá?

—Ese filósofo alemán, al que usted parece que tanto desprecia, quizá por desconocerle, sólo es para nosotros uno de los puntos de partida. Posteriores pensadores van perfilando sus ideas, mejorándolas en la práctica.

—¿Dónde, coronel? ¿En Plutón?

—Sí, Roy. ¡Allí!

—Si tan buenas son sus ideas, ¿por qué no se esfuerzan, los hombres que piensan como usted, en implantarlas aquí? ¡En la Tierra!

—También se lo he dicho. La Tierra está podrida, gastada, corrupta. ¡Nada bueno podría reedificarse aquí!

—Admitámoslo; nos quedan otros planetas. Ya hemos conquistado todo nuestro Sistema Solar.

—Le contaminarán también. Donde el hombre llegue, lo hará con sus vicios, con sus costumbres, con sus absurdas leyes. Con toda esa ridícula carga de historia y debilidades inherentes a él.

—Desbarra, Himmer. Ustedes, esos que dicen son superhombres, también son hombres con todas esas cargas inherentes.

—No. Plutón ha estado casi ignorado por ustedes. Se halla tan lejano, es tan difícil y costoso llegar a él, que hace 280 años le dedicaron a vertedero de toda la escoria humana que, según sus leyes, les molestaba aquí.

Roy Whitman tuvo ganas de soltar una sonora carcajada, pero se contuvo preguntando con sorna:

—¿Y va a decirme que ustedes han venido, en todo ese tiempo, transformando esa basura humana en magníficos superhombres?

—Después de una meticulosa selección, así ha sido, Roy.

—¡Ya salió la caprichosa selección! Se han sentido dueños y

señores de esas vidas, ¿no?

—¿Acaso no las despreciaban ustedes? ¿No se las sacudían de aquí, por nefastas e inservibles? ¡Pues nosotros las hemos aprovechado! ¡Las hemos remoldeado! Eliminando lo realmente inservible, conseguimos, a través del tiempo ¡una magnífica y fructífera selección!

—¿Con criminales?

—Para nosotros la noción del bien y el mal va más allá del alcance corriente aquí al uso. Ante todo, lo que apreciamos es la fortaleza.

—¡Ya! Otra «luminosa» idea de Nietzsche... ¡Adorar la fuerza! ¿No?

—Es el principio de todo. La fuerza motriz que mueve las cosas.

Le gustase a Otto Himmer o no, el joven ingeniero tuvo necesidad de fumar y mecánicamente encendió un cigarrillo. En el fondo, precisaba aquella pausa para recopilar sus ideas y lo consiguió al replicar:

—De todo esto deduzco una cosa: usted se siente nuestro enemigo. Lo cual me lleva a otra deducción: ¡usted es quien atentó contra las vidas de Ted Lhoman, Walter Sherry y el general Dam Rassy! ¿Acerté?

Otto Himmer no contestó, pero observaba cada uno de sus movimientos. Y tras otra nueva bocanada de humo que intencionadamente le lanzó al rostro, Roy Whitman prosiguió:

—¡Ya lo suponía! Y me habría matado a mí si, cuando le sorprendí apareciendo por donde no se pensaba, en aquel instante no hubiese salido el general MacGland gritándole a su espalda. ¿Verdad?

—Eso no es verdad, Roy. A usted le necesitamos.

—Observo que habla en plural. ¿Amigos suyos volaron el hangar donde estaba «Rayo de Luz»?

—Así fue...

—Su querido teniente Raussem, ¿no?

—Sí.

—Y ¿cómo consiguieron que, posteriormente, el general MacGland sufriera un ataque cardíaco?

—Uno de los nuestros le amenazó de muerte en su despacho. Ya era muy viejo y...

—Comprendo… Necesitaban que su muerte pareciese «natural».

—Así fue. El doctor Falcoy lo reconoció.

—O sea que, tal como me lo figuraba, los dos prisioneros encontrados junto al destrozado profesor Feinberg sólo les sirvieron de cebo, para echarles 1a culpa de ellos.

—Sabía que usted había hecho esas deducciones y por eso le cité aquí.

Roy Whitman sintió frío en la espalda, pese a la buena temperatura de la noche.

—¿Va a matarme también? ¿Tiene a sus hombres ocultos por aquí?

—Le he dicho que le necesitamos, Roy.

—¿Para qué?

—Usted ayudó a construir esa maravillosa astronave. En Plutón hará otras para nosotros.

—¿Para los «superhombres» que mandan a su antojo allí?

—¡Exacto!

—Pudieron utilizar al profesor Feinberg o al general MacGland. ¿Por qué les asesinaron, si ellos conocían más que yo sobre la energía de los «taquiones»?

—Eran excesivamente viejos, caducos, cargados de perjuicios. Ya le he dicho que nosotros admiramos y necesitamos lo nuevo, la fuerza, la energía. Ellos no se habrían adaptado a la vida de Plutón.

—¿Y creen que yo sí?

—Usted es joven, Roy. Es fuerte, sano… ¡Rebosa vida y salud!

—¡Pero tengo conciencia! ¿No cuenta eso?

—¿Qué es un dedal de sangre, cuando puede evitarse verter un océano?

—¡Eran mis amigos!

—Lo dije. ¡Ideas caducas de la amistad! Sus reales amigos son los superhombres futuros.

—¡Me niego!

—No podrá. ¡Ha sido elegido!

Reculando un paso, lanzando con furia la punta del cigarrillo casi consumido, Roy Whitman gritó:

—¡Estoy armado, coronel Himmer!

—Y ¿qué? Yo también.

—Pero dijo que me necesitan para que les ayude a construir naves como el «Rayo de Luz». ¡Usted no me matará!

—Simplemente, le adormeceremos; mis hombres nos están vigilando. Un solo movimiento en falso y… ¡Créame que lo siento, Roy!

—¡Debí suponer que no jugaba limpio!

—El fin justifica siempre los medios, Roy.

—¡Para tipos como usted, sí!

Instintivamente miró hacia ambos lados, intentando descubrir alguna sombra humana, entre la vegetación oculta. Nada localizó y recuperó ánimos, gritando:

—¡Nunca colaboraré con locos! ¡Con asesinos!

—Lo hará, Roy. No tendrá más remedio.

—¡Tendrán que matarme!

—¡Oh, no! Es usted tan valioso para nosotros como ese dormido Albert Weiss Richter. ¿No sabe que le dimos una droga para que momentáneamente, se volviera loco y asesinara cobardemente a su querida esposa?

—¡Ya comprendo!

—En el fondo, Albert Weiss Richter es el iniciador de la fantástica teoría de los «taquiones». En la Universidad de Princenton, el padre de su querida Ada le dio la pista al profesor Feinberg y juntos empezaron a localizar las partículas luminosas más veloces que la misma luz.

Otto Himmer siguió avanzando hacia Roy Whitman a medida que sin perderle de vista éste reculaba, añadiendo:

—Comprenderá que no podíamos permitir que los viajes a nuestro mundo pudieran efectuarse en esas fantásticas astronaves en menos de seis horas. Eso supondría un contacto muy directo, unas engorrosas visitas y un sinfín de dificultades para nosotros.

—¡Ha estado trabajando en la sombra!

—Diga, más bien, amparados por las distancias. Nuestra nueva civilización de superhombres pronto cumplirá los doscientos años, amigo Roy.

—¿Civilización? Sociedad de… ¡asesinos!

—¡Oh, no! Le he dicho que, durante todo ese tiempo, hemos estado haciendo una meticulosa selección. A Plutón fueron

llegando muchos hombres como Albert Weiss Richter: eminentes sabios que aquí ustedes creyeron que habían enloquecido de tanto estudiar, y los deportaron por sus delitos.

—¡Ustedes los forzaban a cometer esos crímenes por los cuales fueron juzgados! ¡Como al pobre padre de Ada!

—¿Le gusta que le repitan las cosas, Roy? Le he dicho que el fin justifica los medios. ¡Necesitábamos esos cerebros!

Furioso, considerándose impotente, si bien era verdad que colaboradores de Otto Himmer andaban medio ocultos por allí, Roy Whitman continuaba reculando deseando llegar hasta su vehículo. Pero, comprendiendo que no le dejarían escapar, tomó una decisión extrema que no dudó en poner en práctica.

Su diestra voló hacia el arma de reglamento y la empuñó apuntando firmemente al hombre que no cesaba de avanzar hacia él, gritándole:

—¡Quieto! Sus esbirros podrán matarme. ¡Pero usted me acompañará!

Otto Himmer se esforzó en sonreír, diciendo:

—No me importa. Por tercera vez le repito que nuestros fines justifican todos los medios. Y ahora para conseguir que a usted le deporten también «legalmente» a Plutón… ¡El medio soy yo!

Momentáneamente, ofuscado por todo lo que aquel hombre había hablado con él, Roy Whitman no acertó a comprenderle.

Sólo vio clara una cosa: que Otto Himmer no dejaba de avanzar hacia él y que, si no lo impedía, terminaría por echarle las manos al cuello.

Y con un movimiento instintivo de defensa, al tener el arma en la mano, disparó…

Otto Himmer cayó sobre la fina arena de la glorieta como un guiñapo, pero al poco se revolvió.

Aterrado por lo que había hecho, Roy Whitman giró instintivamente para defenderse de los ocultos atacantes que estarían por allí. Pero no salió nadie tras los macizos de flores ni tras los arbustos. La noche parecía detenida en el tiempo y en el espacio y así, ansiosamente esperó.

Un minuto… Dos… Tres.

—¡No hay nadie! —exclamó.

Volvió sobre sus pasos para acercarse al caído y desde el suelo,

clavando en él su mirada mortecina, los delgados labios del coronel Otto Himmer musitaron con un hilo de voz:

—¿Lo… lo ve, Roy? ¡Ya es nuestro! Le… le juzgarán por mi «asesinato»… No… no me defendí… Usted… Usted será deportado a Plutón… Allí… ¡Allí le necesitamos, amigo Roy!

Con furia, conteniéndose para no descargar su arma contra él, Roy Whitman exclamó:

—¡Condenado seas! ¡Esto ha sido una trampa! ¡Una diabólica trampa!

Lo había sido.

Y Roy Whitman había caído en ella.

De momento, los «superhombres» le habían vencido…

Capítulo XII

Todo fue inútil.

Roy Whitman no tuvo defensa posible. Todo estaba contra él y no tenía un solo testigo que pudiera confirmar lo que dijo sobre Plutón, los superhombres y lo que insistía le había hablado el fallecido coronel Otto Himmer.

Y en contra suya apuntaban muchas cosas. La creciente tensión creada en la Base Militar debido a los últimos acontecimientos: las declaraciones de los oficiales que habían escuchado la charla por el visófono que sostuvo con el asesinado coronel y para redondearlo todo, la presencia misma del cadáver.

—¡Pamplinas! — objetó el teniente general Haskey Hassel—. Todo lo que dice son cosas absurdas.

Lo parecían.

Sobre todo, porque nadie fue capaz de aceptar el hecho de que el propio Otto Himmer se «sacrificara», voluntariamente, con el solo objeto de que al joven ingeniero astronáutico Roy Whitman fueran sentenciado y deportado al lejano planeta Plutón.

—Bonitas excusas para justificar su crimen y los anteriores — opinó otro de los generales de la Comisión Investigadora.

Y resultó también inútil que Ada Richter, única persona que creyó en las declaraciones del joven ingeniero en unión de la viuda del general MacGland, se encarase con el tribunal que le juzgó:

—Resolver así el problema resulta muy fácil para ustedes. ¿Por qué no abre una investigación más a fondo y se trasladan a ese

planeta?

—Señorita Richter —replicó el general que hizo las veces de fiscal—. El hecho de que su padre aparezca involucrado en todo esto le hace a usted creer en las declaraciones del capitán Whitman. Debe usted aceptar los hechos, aunque este tribunal comprende que, para una hija, resulta muy doloroso admitir que su padre se convirtió en un asesino.

—No defiendo ahora a mi padre que es un caso que también podría ser puesto en cuestión. ¡Ahora intento defender al capitán Roy Whitman.

—¿Por estar enamorada de él?

—¡Por ser inocente!

—¡Pruebas!

Irritada, comprendiendo que nada tangible les podía, Ada Richter exclamó:

—¡Pruebas! ¡Pruebas! Es posible que un día tengan esas pruebas en forma de un ataque fulminante que esos locos, esos superhombres de Plutón, realicen contra toda la raza humana.

—Los patetismos no afectan a la decisión de este tribunal, señorita Richter. Y en cuanto a lo que propone resultaría altamente costoso.

—¿No lo resultará más que en su odio, en su desprecio a los que no son como ellos, un día no tengamos tiempo de arrepentimos? —replicó la muchacha.

—No es posible enviar una Comisión Investigadora a Plutón, señorita.

—¿Por qué no?

—Está bien: la ayudaremos a comprender toda la magnitud del problema.

A una indicación del fiscal otro de los generales del tribunal hojeó unos papeles, interviniendo con voz pausada y monótona:

—Se ha estudiado el caso y he aquí nuestras conclusiones: enviar una Comisión Investigadora a Plutón no sólo representaría cuantiosos gastos y un viaje de seis meses largos, sino también, desde cualquier punto que se mire, ineficaz.

—¿Por qué ineficaz? —aún replicó con calor Ada Richter.

—Si lo que supone usted, influida por las declaraciones del capitán Whitman, fuera verdad… ¿Qué adelantaría una pequeña

Comisión en ese remoto planeta?

Hizo una pausa antes de contestar más categóricamente:

—¡Nada! Allí serían aniquilados, no dejándoles regresar a ninguno para que informaran sobre lo que habían visto.

El general—fiscal volvió a intervenir, ampliando:

—Y no vamos a enviar a todo un ejército, con lo que ello implica, simplemente por unas descabelladas declaraciones de un hombre que, a fin de cuentas, sólo quiere justificar varios asesinatos.

—Ustedes piden pruebas y a mí se me ocurre preguntarles: ¿por qué un hombre como el capitán Whitman se lanzó a cometer todos esos crímenes?

—Eso lo sabrá él, señorita Richter. Pero a veces los hombres cometen las mayores aberraciones y locuras o por envidias, rencillas o simplemente por bajos instintos.

—Roy siempre se llevó muy bien con mi esposo y el profesor Feinberg — dijo desde su asiento la viuda del general MacGland, sin que la hubiesen preguntado.

—Es posible, señora. Pero su esposo, el difunto general MacGland, empezó por consentir ciertas irregularidades en esta Base sin contar con los delegados del Gobierno.

—Los proyectos del profesor Feinberg habían sido rechazados varias veces por Ted Lhoman. Obraron por cuenta propia en la seguridad de que, una vez vieran los vuelos prácticos de la astronave «Rayo de Luz», se convencerían que se habían equivocado.

—También es posible, señora MacGland. Pero hay otro hecho que jamás ha sido probado aquí, y que no puedo evitar que se me antoje pura palabrería. Me estoy refiriendo a ese vuelo de ida y vuelta a Marte... ¡En menos de media hora!

Otro miembro del Tribunal Militar objetó:

—En efecto, señor. ¡No hay pruebas de que ese fantástico vuelo se haya realizado!

—No hay pruebas porque a todos les han ido eliminando — terció con redoblada energía Ada Richter—. Y la última víctima de esa horrible confabulación va a ser ese hombre al que están juzgando.

La muchacha rubia señaló al acusado que, en la última hora de

aquel largo debate nada había dicho, como si ya considerase una pérdida de tiempo mover los labios.

Serio y al parecer impasible, permanecía en el sitio que le habían indicado, rompiendo su mutismo sólo para decir, dirigiéndose a la rubia muchacha como si los demás no existieran.

—No te esfuerces, Ada. ¡Ya tendrán algún día las pruebas que piden!

Severo, desde su sitial, el teniente general Haskey Hassel dijo:

—Este tribunal ruega al acusado que no trate de intimidar con hipotéticas amenazas. Debido a su actitud y a todo lo que ha contado empezamos a dudar de su razón, capitán Whitman. Pero eso no le excusa de su responsabilidad ni influye para que nosotros perdamos la nuestra, dando crédito a toda esa sarta de mentiras que asegura le dijo el pobre coronel Otto Himmer.

El mazo golpeó con energía sobre la mesa reclamando la atención general de todos los reunidos, ordenando el teniente general Haskey Hassel:

—¡Póngase en pie el acusado!

Como un autómata falto de voluntad propia, Roy Whitman obedeció.

Y con voz pausada, pero firme, el presidente leyó la sentencia:

—Este tribunal le condena a la última pena, Roy Whitman. Desde ahora se le considera a usted degradado de su cargo de capitán en el ejército y de todos sus títulos, y en la próxima expedición será deportado al planeta Plutón con los otros prisioneros.

Un murmullo general se alzó en todo el amplio semicírculo, pero una voz ordenó imperiosa:

—¡Desalojen la sala!

Roy Whitman se levantó también, pugnando por alcanzar a ver la cabeza rubia de Ada Richter que tan valerosamente y con tanto amor le había defendido. Pero ni tan siquiera esto pudo conseguir. Se encontró junto al que había sido su compañero que le ordenaba quedamente, como si le costase trabajo cumplir su desagradable misión:

—Tienes que seguirnos, Roy. ¡Lo siento!

—No te preocupes, Ives. Te comprendo.

Le sacaron del edificio por la parte trasera, y mientras le

trasladaban, Roy Whitman observó con silenciosa angustia hacia dónde le conducía el vehículo custodiado.

Hacia los Laboratorios de Hibernación.

Y, más fuerte que su voluntad de ya no protestar, afloró la angustia a sus labios al preguntar al oficial amigo:

—¿Van…, van a someterme a ese proceso, Ives?

—Tendrán que hacerlo, Roy. Es lo reglamentario.

Durante algunos minutos siguieron avanzando en silencio, roto por el capitán Ives Robien, que ansió tranquilizarle.

—No sentirás nada, Roy. ¡Ya verás! Será como viajar dormido.

—Sí; dormido durante seis largos meses. Pero… ¿Sabes, chico? Se me antoja que me lleváis a la muerte?

—Es contra mi voluntad, Roy. Sabes que cumplo con mi deber.

—Sí, me lleváis a la muerte. Pero con una diferencia, Ives. ¡Yo estoy seguro que despertaré en el infierno!

—¿En el infierno?

—Sí… En el infierno de Plutón… ¡En ese absurdo mundo de los superhombres!

—Por favor… ¡No vuelvas otra vez con eso!

—¿Por qué no? —protestó con energía—. ¡Es la verdad, Ives! ¡La VERDAD!

Deseando cambiar de conversación, el oficial amigo anunció:

—Te prometo que cuidaré de Ada: esa pobre muchacha se quedará muy sola. Será para mí como una hermana.

Sin saber por qué, quizá porque aquellos instantes eran los últimos en que podría reaccionar como un ser humano. Roy Whitman se encontró soltando una sonora carcajada y dijo con gran cinismo:

—¡No seas hipócrita, muchacho! Tú eres un hombre y ella una mujer… ¡Una espléndida mujer! El tiempo pasará y los dos… ¿Quién se acordará de Roy Whitman, un vulgar asesino?

—¿Qué te ocurre, Roy? ¿Acaso ya no crees en nada? ¿En ningún valor humano? Te doy mi palabra de que por mí Ada será…

—Dejemos eso, Ives. ¿Qué importancia puede tener ahora?

El vehículo se detuvo y uno de los soldados de la escolta anunció:

—Hemos llegado, capitán Robien.

Bajaron todos. Roy Whitman se encontró nuevamente ante el

perímetro dedicado a los prisioneros; y, mirando al alto edificio, musitó con un hilo de voz:

—¡Buena jugada, Otto Himmer! Desde ahí, en cualquiera de esos despachos, tu sucesor, al verme, estará ahora soltando una gran carcajada. De verdad que empiezo a consideraros superiores... ¡Auténticos superhombres!

—¿Qué dices, Roy?

—Que están jugando con nosotros, Ives. ¡Se saldrán con la suya! Y tendrán razón: nuestro mundo, nuestra cacareada civilización está podrida... ¡Llena de recelos, de desconfianza hacia los otros humanos, de ridículas reglas preestablecidas, que no admite nada más que lo trillado, lo que se sabe, lo que se puede calcular y sumar como el dos y dos, que siempre resultan cuatro!

—Desvarías, Roy. Vamos... No lo hagas todo más difícil.

—Sí... ¡Terminemos de una condenada vez con todo esto!

Y penetraron en el gran edificio.

Capítulo XIII

Rígido, en su uniforme verde, el teniente Raussem les vio llegar e indicó con gesto autoritario:

—Por aquí, capitán Robien.

Ives Robien se encontró rogando al enérgico militar que también hacía los viajes semestrales al lejano Plutón:

—Prométame que le tratarán bien, teniente.

—Siempre lo hacemos, capitán. Para nosotros, los deportados no significan nada en particular. Son ustedes los que los juzgan y los sentencian y allí, si saben cumplir en el puesto que les asignan, llegan a encontrarse bien con el tiempo, una vez se aclimatan.

—Me refería a que, en este caso, por haber muerto su coronel...

—No temas, Ives. ¡Me tratarán bien! Otto Himmer no fue nada más que un medio.

—¿Qué dices, Roy?

—Que fue un medio para llegar a un fin. ¡Mi deportación!

—No comprendo.

—Lo sé. ¡Nadie ha comprendido!

El teniente Raussem chascó los dedos desentendiéndose de la conversación, ordenando a uno de sus hombres:

—¡A la celda 5.410!

Roy Whitman miró fijamente a Ives Robien y extendió su mano.

—Adiós, Roy... Siento todo esto... ¡Créeme!

—Adiós no, Ives. Quizás hasta pronto. Lo digo porque... ¡quién sabe! Ignoro los métodos que tienen allí para seleccionarnos y «remoldearnos». Y es posible que vuelva convertido en un flamante «superhombre» a devolveros la papeleta.

—¡Basta de charla! —cortó la voz imperiosa del teniente Raussem —. O perdió el juicio, o no dice nada más que tonterías.

Ives Robien giró sobre los tacones de sus botas, negándose a sí mismo la debilidad de volverse para ver alejarse, pasillo hacia el fondo, al oficial que había sido su amigo.

Pero no pudo evitar que una lágrima, más rebelde que su voluntad, bajase por sus curtidas mejillas.

Y entonces, cuando ya iba a volver la esquina, a su espalda volvió a sonar la voz de Roy Whitman, que le gritó:

—¡Ives!

Tenía que volverse. Tenía que hacerlo y giró.

—¿Qué quieres, Roy? ¿Disfrutas prolongando esto?

—No, amigo... Sólo quería verte el rostro por última vez.

—Ya está... ¡Ya lo ves!

—Veo algo más, Ives... ¡Mucho más! ¡Veo tus lágrimas! Y mientras el hombre tenga la capacidad de sentir y llorar... ¡habrá esperanzas, Ives! ¡ESPERANZAS!

Luego fue Roy Whitman quien se volvió escoltado por sus carceleros y, ni una vez, ni una sola vez, giró la cabeza hasta que desapareció en el interior de la celda que le habían destinado.

* * *

La Base Militar de Yellowknife volvió a la normalidad.

El embrollado y espinoso asunto había quedado aclarado y los cinco generales de la Comisión Investigadora también volvieron a la rutina de sus despachos oficiales.

El proceso de Hibernación de todos los prisioneros que debían ser deportados a Plutón siguió también su curso metódico y racionalizado, con la eficacia que siempre ponían en sus funciones todos aquellos hombres que habían estado, durante veinte años, a las órdenes directas del coronel Otto Himmer.

Las gigantescas naves espaciales que cada seis meses efectuaban el largo recorrido de cinco mil novecientos kilómetros preparadas al final de la pista número dos, esperando la hora

propicia para el despegue.

El primero de septiembre, fecha del esperado perihelio de Plutón con el Sol.

El teniente Raussem se movía diligente sin olvidar un solo detalle y sin dejar nada a la improvisación, con una eficacia y automatismo más propio de una máquina bien engrasada que de un hombre.

Por algo se consideraba un ser superior.

Un superhombre.

Y el turno de entrar en la Cámara de Hibernación le llegó también al detenido número 5.410.

El penúltimo que había llegado.

Penúltimo, porque el último había sido una mujer rubia, de grandes ojos azules tranquilos como lagos y cuyo nombre era el de Ada Richter.

Con gran asombro que casi le hizo gritar, Roy Whitman la vio pasar conducida ante su celda, aumentando su perplejidad al observar que la instalaban en la vecina a la suya.

Y cuando los carceleros se alejaron, ya sin poderse contener, se incrustó contra los gruesos barrotes preguntando angustiado:

—¡Ada! ¡Ada! ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme?

No podían verse, pero la voz de la muchacha llegó hasta él susurrante:

—Por favor, cariño. ¡No grites!

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Es que también a ti...? ¡Es horrible, Ada!

—No me interrumpas y deja que te explique, Roy. ¡Es muy importante!

—¡Habla de una vez, por Dios!

—Tuve una idea y se la expuse en privado al teniente general Haskey Hassel.

—¿Qué clase de locura ideaste?

—Tenemos que ser más listos que ellos, Roy. ¡Es la única esperanza!

—¿De qué se trata?

—Te he dicho que no me interrumpas y todo será más fácil.

—No puedo, mi amor. ¡Las ideas se agolpan en mi cabeza! ¡Llevo días encerrado como una fiera aquí! Pensando siempre en

ti, horrorizándome con lo que me espera... Y ahora tú... Tú... ¿Cómo ha sido posible esto? ¿Qué te han hecho? ¿Cómo han podido también...?

—Cálmate, amor mío. ¡Y deja que te explique!

Se prometió a sí mismo no interrumpirla y Ada Richter le explicó.

Le expuso al teniente general Haskey Hassel que debían encontrar la forma de condenarla a ella también a la deportación por algún delito. Por algo que fuera «real» a los ojos de todos, para que no transcendiera el motivo de aquella comedia.

Como presidente de la Comisión Investigadora que había llegado a la Base, nadie mejor que el teniente general Haskey Hassel para juzgarla, ordenando que fuese deportada con el resto de los prisioneros a Plutón. Sólo que una vez allí, cuando al año regresaran a la Tierra las naves del teniente Raussem, para hacerse cargo de los nuevos deportados que durante aquellos períodos eran sentenciados por sus delitos en las distintas partes del globo terráqueo y todas sus colonias, se le ordenaría que en el próximo viaje Ada Richter regresara por haber sido indultada.

El teniente Raussem se vería ante la disyuntiva de traerla o desobedecer.

Si obedecía, Ada Richter regresaría a la Tierra y podría contar todo lo que había visto allí. Y, si no regresaba, o el teniente Raussem se presentaba sin ella con alguna excusa...

—Entonces será cuando destacarán a todo un ejército poderoso hacia Plutón. ¿Comprendes?

—¿No lo pueden hacer ya ahora? —protestó Roy Whitman.

—Ya lo oíste. No encuentran motivos suficientes, basándose sólo en tus declaraciones. ¡No hemos podido aportar ninguna prueba contra ellos! ¡Todas estaban contra ti!

—¿Y tienen que sacrificarte a ti para tenerlas?

—No es sacrificio, Roy. ¡Voy contigo! ¿Adónde irás tú, cariño?

Desde su celda, sin poder ver los adorables ojos azules que amaba, Roy Whitman se sintió emocionado por aquella arriesgada prueba de amor. Sintió un nudo en la garganta y musitó:

—Ada, mi querida pequeña, yo... Yo...

—No lo hago sólo por ti, Roy. ¡Es también por todos los demás! Por los que quedan aquí. ¡Por toda la humanidad!

—Pero son dos años, Ada... ¡Dos largos años en aquel infierno!

—No sabemos cómo será Plutón. Según los informes que siempre traía el coronel Himmer, aquí se cree que no se ha adelantado mucho. Pero tú dijiste que habló contigo de un mundo en transformación, donde los superhombres habían logrado mucho.

—¡Fanatismos de ese loco, Ada! ¿Quién sabe?

—Ahora lo comprobaremos. Y también si están dispuestos a atacarnos algún día.

—Creo que más bien ansían no tener que depender de la Tierra. Himmer hablaba con repugnancia y asco de nosotros, los simples hombres.

—Pero se esforzaron para también condenarte a ti. ¡Como a mi padre! Y eso es porque les interesa la energía más veloz que la luz. ¡Los «taquiones»!

—Sí, Ada; eso implica que desean construir astronaves superrápidas. Si realmente se sienten superhombres, ¡desearán un día dominar el mundo!

—Por eso merece la pena lo que hago. El general Hassel aprobó mi idea y me condenó.

—¿Por qué, Ada? ¿Cuál fue la comedia?

—Intento de asesinarle a él... Por haberte condenado a ti.

—¿Se lo tragaron todos?

—Sí... ¡Lo hice muy bien! Como una mujer enloquecida por haberte perdido.

—Perdona, Ada; pero de veras debes de estar loca. ¡Vaya idea tuviste!

—Tenía que ser algo que fuera aceptado por el general Hassel. Esto no les cuesta nada a ellos. ¡No quieren meter la pata ante el Gobierno Central Mundial! Me dijo que si sólo eran mentiras tuyas, todo el mundo se reiría de ellos.

—¡Pero te sacrifican a ti!

—Es como si fuera a cumplir una misión, Roy. Créeme, amor. ¡Merece la pena!

Por un instante Roy Whitman reflexionó, antes de musitar:

—¿Sabes..., sabes adónde iremos desde aquí?

—Sí... A la Cámara de Hibernación.

—Una vez, hablando sobre tu padre, me dijiste que te asustaba eso.

—Y tú me contestaste que el miedo de ser cobarde es el valor del valiente. ¿No fue así?

—¡Eres admirable, chiquilla!

—Pero tú, Ada... ¡Tú!... Una criatura tan adorable, una mujer nacida para el amor...

—También es amar darse por los demás, Roy.

—Perdona, cariño. Terminarás por avergonzarme. ¡Eres más valiente que yo!

—No, Roy. Tú hiciste lo tuyo, y donde tuviste que dejar la lucha ¡la sigo yo! La mujer es la compañera del hombre y deben gozar juntos... ¡Pero también luchar juntos por su felicidad!

—No creo que me sea posible quererte más, Ada. Pero si algún día salimos bien de esto...

Ada Richter le interrumpió, pidiéndole mimosa:

—Prométeme una cosa, amor.

—¡Lo que quieras, Ada!

—Cuando te lleven a esa Cámara de Hibernación duérmete pensando en mí, cariño. Así nuestros espíritus viajarán por el espacio infinito juntos. ¡Siempre juntos!

—Lo haré, Ada. ¡Tú serás mi único pensamiento en esos instantes!

—¡Y tú el mío, Roy!

Unas horas después, ambos cumplieron su palabra.

La mente de Ada Richter quedó aletargada en la Cámara de Hibernación con el pensamiento clavado en Roy Whitman.

La de Roy Whitman pensando en una heroica mujer llamada Ada Richter.

Y así viajaron por el infinito espacio durante seis largos meses, metidos en sus nichos—urnas transparentes, como cerca de cinco mil deportados más.

El lejano planeta Plutón les esperaba.

Y los hombres del teniente Raussem que velaban aquellos sueños jamás llegaron a sospechar que los seres sencillos, pero valerosos, podían luchar contra los superhombres con un arma que es atributo divino.

¡Con el espíritu!

CAPITULO XIV

El tiempo pasó y nunca fue tan angustioso para el teniente general Haskey Hassel y unos cuantos hombres más del Gobierno Central, que estaban en el secreto de aquella «operación.

Una operación de espionaje como jamás se había llevado a cabo por ningún otro enviado espacial a los distintos planetas, y que también tuvo su carpeta con un nombre:

«Operación Superhombres».

Personalmente, al cumplirse el año Haskey Hassel se presentó en la Base Militar de Yellowknife, ordenando que el teniente Raussem fuese llevado a su presencia e informándole, tras entregarle unos documentos, como la cosa más natural del mundo:

—Observe eso, teniente: el caso de una tal Ada Richter siempre pesó sobre mi conciencia. Tal vez esa mujer no quiso asesinarme.

—¿No, mi general? Recuerdo que lo vieron todos y que...

—Sí... ¡Sí!... Yo también lo recuerdo. Pero fue una reacción natural al saber que yo había condenado al hombre que ella amaba.

—¿Reacción natural, señor? ¡Algo brutal! ¿No cree?

—De todas formas, ha sido indultada. Cuando regrese tras esta expedición, la trae aquí.

—Nunca se dio un caso así, señor.

—Quizás hemos tenido muy descuidado aquello, teniente.

—¿Están descontentos de nosotros, mi general? Nos ha costado mucho adaptamos, pero creo que todos cumplimos con el mayor celo y...

—Nada digo sobre eso, teniente Raussem: limítese a obedecer y en paz.

Raussem se cuadró rígidamente, taconeando:

—¡A la orden, señor!

Cuando la nueva expedición de deportados salieron para Plutón, el teniente general Haskey Hassel vio enfilar las naves hacia el espacio aún con la duda hurgando en su cerebro.

Su lógica le decía que todo podía ser pura fantasía de un hombre llamado Roy Whitman. Pero este nombre le recordaba el de una mujer valerosa llamada Ada Richter y musitó, viendo perderse a las poderosas naves en el azul infinito del cielo:

—¡Dios quiera que los dos estén equivocados!

Ahora tendrían que esperar otro largo año: seis meses para

llegar las naves a Plutón y otros seis para el próximo regreso.

* * *

Y pasado aquel año la noticia se confirmó.

Ni en la fecha fijada, ni incluso doce días después, las esperadas naves de Plutón no aterrizaron en la Tierra.

Pero sí llegaron unos apremiantes mensajes de varias estaciones espaciales, notificándole al Gobierno Central Mundial:

—¡Atención! ¡Atención! Se han visto astronaves muy veloces pasar sobre Júpiter y negándose a identificarse. Parecían rayos de luz y eran miles de veces más rápidas que las nuestras. ¿Qué hacemos?

El teniente general Haskey Hassel terminó de leer uno de aquellos apremiantes mensajes que empezaban a llegar desde todos los sitios y dijo:

—¿Qué hacemos?

—Exacto, señor. ¿Qué contestamos a Marte, a Ve— nús, a Júpiter?

—Sólo hay una contestación, caballeros. ¡Que todos se preparen a luchar!

—¿A luchar?

—Eso he dicho... ¡No hay otra alternativa!

—Pero... ¿A luchar contra quién, señor? ¿Contra seres extraterrestres, de otras galaxias?

Haskey Hassel sonrió forzadamente.

—No, señores... Contra seres como nosotros, pero lo bastante locos para llamarse a sí mismos... ¡superhombres!

—Deben de serlo, ya que poseen esas astronaves.

—Lo gracioso es que esas astronaves han sido construidas por el hombre que se anticipó en combatirlos.

—¿Por quién, señor?

—Ustedes no lo entenderían. Pero les diré su nombre. Se llamaba Roy Whitman.

—¿Ha dicho... «se llamaba», señor?

—Sí, porque, aun en el supuesto que viva, habrá renegado de nosotros que le enviamos a aquel infierno y se habrá convertido en uno de «ellos»...

No podían comprenderle y no les culpó: sólo muy pocos

estaban al corriente de todo aquello y en el

fondo era mejor. Así el mundo no se desmoralizaría.

Pero al menos por lo que respectaba a Roy Whitman, el teniente general Haskey Hassel estaba equivocado.

Aquella misma tarde una velocísima astronave empezó a sobrevolar la Base de Yellowknife, transmitiendo a la torre de control:

—¡Atención! ¡Atención! Aquí el capitán Whitman... ¡Roy Whitman! Solicito permiso para aterrizar. ¡Es urgente!

El oficial de servicio en la torre de control creyó haber entendido mal el mensaje y solicitó que lo repitiera. Todas las Bases de la Tierra estaban en estado de alarma y, precisamente, aquella velocísima astronave fue identificada como una de las que habían empezado a aparecer, negándose a identificarse, sobre los otros planetas del Sistema Solar.

Personalmente el capitán Ives Robien fue requerido a la torre de control y ansiosamente se volcó sobre la radio preguntando:

—¿Eres tú, Roy?

La voz del amigo llegó nítida hasta él con las inflexiones tan conocidas, aunque hubiesen sido olvidadas durante dos largos años:

—Sí, Ives. ¡Soy yo! ¡Ya estamos de vuelta! ¡Otra vez en casa! ¡Por fin!

Ives Robien sintió que la emoción no le dejaba hablar. Hasta que al fin pudo articular torpemente:

—Pero, Roy, tú..., tú...

—¿Aún sigues dudando de mí, majadero? ¡Os he pedido permiso para aterrizar! ¡Y ordena que preparen un vehículo! ¡Debo hablar con el general Hassel!

Ives Robien ya no dudó. Desconectó el dispositivo de alarma que hacía que los missiles atómicos estuvieran siguiendo el curso de la astronave, concediendo:

—Dispones de la pista número dos, Roy. ¡Ardo en deseos de abrazarte, muchacho!

—¿De veras, Ives?

—¡Pues claro que sí, cabezota!

La operación de aterrizaje fue perfecta y todo el personal de la Base quedó boquiabierto, maravillados tanto de la precisión del piloto como de las posibilidades técnicas de aquella extraña

astronave.

Una rampa se abrió y por ella se deslizaron dos personas: el capitán Roy Whitman y Ada Richter.

Pero los dos venían bastante cambiados: un color violáceo transfiguraba sus facciones y los cabellos en otro tiempo castaños del joven ingeniero astronáutico habían desaparecido.

Ives Robien tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una exclamación. Pero logró dominarse y avanzó con su mano amistosamente extendida, deseando:

—¡Bien venidos a casa, amigos! ¿Estáis bien?

—Perfectamente, Ives. Y no hagas caso de ciertos detalles exteriores. Es el precio que hemos pagado por vuestras «equivocaciones». Allí, en Plutón, existen bastantes diferencias.

Luego, sin transición, sonriendo a la mujer pegada junto a él, Roy Whitman rogó:

—Ives te atenderá, cariño. Yo debo hablar con el teniente general Haskey Hassel cuanto antes.

* * *

Había sido una auténtica odisea, pero que, tras su detallado informe Roy Whitman resumió ante los miembros del Gobierno Central Mundial:

—Lo importante es que ya estamos aquí, y pudimos escapar.

El teniente general Haskey Hassel fue de los más afectados por el largo relato y preguntó:

—¿Podrá usted perdonarnos, capitán?

Muy serio, deseando llegar a lo más urgente, aquel hombre que venía de otro mundo respondió:

—La pregunta está fuera de lugar, señor. Hay un hecho: y es que he vuelto aquí. ¿No le basta?

—Tiene razón, Roy. ¡Con usted no pudieron!

—Esa doctrina de los superhombres sólo pueden aceptarla los orgullosos y los engreídos, señor... ¡Los locos! Yo me conformo con ser simplemente un hombre.

—Por supuesto, Roy. Y lo más importante ahora es defendernos. ¿Cuántas naves superrápidas consiguieron construir?

—¡Muchas! Pero no las suficientes para destruirnos de una forma total. O al menos, antes de que lo consigan, nosotros también las poseeremos. No olvide que Ada y yo regresamos en

una que podrá servir de prototipo.

—¿Les fue muy difícil huir? — preguntó uno de los presentes.

Roy Whitman se volvió hacia él, sonriendo débilmente antes de informar:

—¡Mucho, señor! El padre de Ada Richter y doce técnicos más, que se unieron al intento, murieron en el empeño. Pero de eso hablaremos más tarde. ¿No les parece?

—Sí. Tiene usted razón. Ante todo es preciso tomar las medidas necesarias.

Así era, porque lo que más contaba era la defensa de toda la humanidad. Que no cundiera el pánico. Que los ánimos no fallaran; que el legendario espíritu de lucha de la raza humana no decayera en los momentos que más lo precisaba.

¿O acaso no se habían superado otros tiempos?

Atrás quedaban las remotas épocas de los cataclismos geológicos, cuando todavía, en su formación, la Tierra no era nada más que una inmensa caldera de rocas y lava hirviendo. En la larga noche de los siglos se perdía la memoria de los hombres que tuvieron que luchar, ¡y vencer!, a monstruosos animales cien veces mayores que los primeros habitantes de las cavernas.

Superada también quedaba la fría época de los glaciares.

Y lo mismo había ocurrido en siglos y siglos de una existencia primitiva y errabunda, cuando como animales salvajes las tribus humanas vagaban de un sitio a otro no sólo combatiendo contra el medio ambiente que les circundaba, sino también contra sus propios instintos bestiales.

Como cuentos y leyendas, quedaban consignadas en la Historia las quemadas etapas de la formación de los pueblos, los diminutos reinos, las naciones y los grandes imperios.

La transformación de todo esto en grandes potencias también pagó su caro y sangriento tributo, hasta que la razón imperó y toda la raza humana se unió en un único haz, sintiéndose hermanos, solidarios, con un destino común a todos.

Fracasos y errores, victorias y conquistas, retrocesos y adelantos, todo estaba entremezclado. Todo se confundía.

Pero todo ello era el duro crisol donde se había forjado el hombre.

Y, si ahora tenía que superar otra meta, ¡la superaría!

Roy Whitman estaba seguro de esto y muchos millones de hombres pensaban como él.

Sobre todo el capitán Ives Robien que siempre recordaba las palabras del amigo el día que le dijo en una despedida postrera:

- Veo algo más, Ives… ¡Mucho más! ¡Veo tus lágrimas! Y mientras el hombre tenga la capacidad de sentir y llorar, ¡habrá esperanzas, Ives! ¡ESPERANZAS!

F I N